

LA OTRA REALIDAD

UNA AVENTURA DEL ESPÍRITU

ALFREDO HOFFMANN



Sultana
del Lago
EDITORES





EDITORES

LA OTRA REALIDAD

Una aventura del espíritu

Alfredo Hoffmann

Alfredo Hoffmann
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2023
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798377120728

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

CAPÍTULO 1

De pronto supe que podía volar. Podía elevarme con sólo pensarlo y me parecía lo más natural del mundo. Estaba en la puerta de mi oficina, y era de madrugada. El cielo tenía ese azul-celeste de la hora previa al amanecer, limpio, estrellado y (me pareció) dispuesto a contenerme.

Era una de esas oportunidades raras en que soñaba sabiendo que era un sueño, y podía experimentarlo con una parte de mi conciencia. Me sentía feliz y me dispuse a disfrutarlo.

Primero fui ganando altura lentamente, para familiarizarme. En el silencio de la noche, se escuchaba una lejana voz femenina muy agradable, hablando con tono pausado y dulce. Desde arriba, las casas ofrecían un panorama divertido y variado, lleno de desniveles, colores y estilos. Se le presta poca atención a la estética de los techos de las casas, y gracias a ello las ciudades pequeñas, sin muchos edificios, muestran un panorama aéreo desigual y pintoresco.

Llegué a la plaza central, hermosa isla verde entre el cemento, con esas hileras de viejos árboles formando una caja cuadrada y abierta y su monumento central alto y delgado. Es sorprendente cómo se parecen las maquetas a la realidad vista desde arriba.

Seguí por una calle lateral y llegué al arroyo, sobre el parque Mitre. De las aguas brotaba un extraño vapor que formaba una neblina liviana flotando sobre

la superficie. La luna semioculta en una pequeña y solitaria nube se reflejaba sobre el espejo de agua, completando un paisaje fantasmal fascinante.

Me dispuse a descender entre los árboles que bordeaban la barranca, con la intención de sentarme a disfrutar de un momento de paz, mientras la voz femenina le daba paso al hermoso “Tren suburbano” de Rod Stewart. Mientras bajaba, fui atravesando ese túnel de algodones que separa el sueño de la vigilia. ¡Qué lindo se despierta uno cuando a la gente de la radio se le ocurre emitir música agradable!

Estiré los brazos, bostecé profundamente. Me sentía de maravillas. Pocas cosas se comparan a un buen despertar. Existe un brevísimo instante en el que uno puede disfrutar de una mente limpia de problemas, que recién vuelve de su recreo, donde fue libre de imaginar sin las restricciones de lo que llamamos “realidad”. Así, las primeras impresiones de los sentidos se mezclan con el sueño reciente y todo parece más amable y fantástico, menos frío.

En ese trance, le puse a mi radio-reloj la personalidad de un viejito simpático, empeñado en pescar del aire las ondas y mezclarlas para regalarme la bella música que estaba escuchando.

—¿Qué tal?, saludé ¿Qué hora es? Su pequeño visor de dígitos rojo brillante me respondió: 4:37.

Sonaban los últimos acordes del tema musical y la voz femenina comenzó a comentar algo del pronóstico del tiempo. Era un día frío de invierno, pero anunciaban sol, al menos. Me di vuelta sobre la al-

mohada y comenzó la acostumbrada disputa matinal: Una parte mía no quería saber nada con levantarse, y la otra estaba urgida de aprovechar cada minuto del día para trabajar:

—Quedémonos un rato. ¿Cuál es el problema? Podemos dormir 10 minutos más, sólo hay que presionar el botón derecho del radio-reloj y listo, esa voz chillona dejará de molestar. ¡A lo mejor volvemos a soñar con el vuelo!

—¡No! En diez minutos puedo bañarme y afeitarme. Además, si nos quedamos los primeros 10 minutos, después vendrán otros y otros hasta que sea tarde, ya ha pasado. Y no es una voz chillona, es hermosa.

—Bueno, no te pongas así. Meditemos esto con tranquilidad (di la vuelta hacia el otro extremo de la cama, desde donde la radio se escuchaba lejana). Recordemos que las experiencias oníricas son muy importantes para el equilibrio mental del individuo. El sueño de recién es una experiencia que rara vez se da, tendríamos que intentar retomarlo. Es tan importante eso como el trabajo para la fábrica ...

— ¡El trabajo! (Me incorporé de un tirón. Mi parte perezosa había cometido el error de hablar de más). ¡El trabajo de la fábrica! Tengo que entregarlo hoy y estoy atrasadísimo!

Me senté al borde de la cama y traté de calzarme tanteando el piso. La voz femenina le había dado lugar a un locutor simpático que con timbre impostado comentaba algo de las nuevas medidas económicas. Presioné el botón grande del radio-reloj (su visor te-

nía las 4:43) para apagarlo, prometiéndome por enésima vez comenzar a prestarle atención a esas noticias consideradas importantes por la mayoría. “Después de todo”, me dijo una voz interna, “esa es la realidad, la que puede afectar tus negocios, tu futuro, tu vida, ¿te parece sensato no prestarle atención en absoluto?”. Asentí a esa voz interna con actitud humilde, pero apagué la radio una vez más.

Con movimientos mecánicos, repetidos mil veces, fui hasta el baño. Nunca deja de maravillarme la capacidad que tenemos de grabar procesos automáticos, como manejar, por ejemplo, para luego llevarlos a cabo con precisión, actuar inteligentemente, tomar decisiones dentro de un contexto limitado, mientras prestamos atención a otra cosa, como conversar con nuestro acompañante. Mi baño de las mañanas está grabado así y puedo realizarlo de manera automática, sin tener que pensar en lo que hago. Esa mañana, sin embargo, un problema inesperado me interrumpió la ejecución del programa mental: ¿dónde estarán las toallas? Hice un esfuerzo para ubicarlas en mi memoria: Una en el lavarropas, otra tendida, ¿y la otra? No se veía en los lugares acostumbrados. Al cabo de unos minutos de búsqueda infructuosa, decidí usar la que estaba tendida afuera (¡tirité al pensarlo!). La situación se prestó para un último y desesperado intento de mi parte perezosa, insistiendo en que volviera a acostarme. Perdió, sin embargo y salí al patio, descolgué la toalla y la dejé cerca de la estufa, en una silla, para que se entibiara. Mientras me bañaba, mi mente terminaba de despa-

bilarse y comencé a organizar mi tarea de la mañana. Lentamente, fui entrando en mi realidad y la inquietud me fue ganando: Mi pequeñísima empresa de desarrollo de “software” (sistemas para computadoras) pasaba por un momento difícil: había mucho trabajo atrasado, algunos clientes tenían problemas, los impuestos arreciaban, insaciables, convirtiendo en escasos los recursos sobrantes. Mi trabajo de programador, que requiere concentración y nada de interrupciones, se veía seriamente afectado por situaciones de las cuales tenía que hacerme cargo, por ser el propietario del negocio. No conseguía hacerme un espacio tranquilo durante el horario comercial, y eso me obligaba a robarle al sueño las horas de la madrugada para poder producir. Me vestí lentamente, me senté frente a la estufa, las piernas cruzadas y las manos sobre las rodillas, cerré los ojos e intenté concentrarme en la respiración. Inhalar... Exhalar... (silencio) Inhalar... (Ahora hay que tratar de acallar el “torbellino de ideas” ¿no?) , Exhalar... (¿No sería mejor dejarlo para otro día y aprovechar este tiempo para adelantar trabajo?) Inhalar... (¿Qué se hacía cuando venían ideas? ¡Ah, sí! : se les obligaba con serenidad a marcharse de la mente, así que ¡ya oyeron ideas, lejos de aquí, por favor!) Exhalar... (No parece buen momento para meditar justo hoy que hay tanto para hacer) Inhalar... (¿cómo se hace para acallar tanta actividad? ¡Imposible!) Exhalar... (Mejor me pongo a trabajar) Inhalar... (Un ratito más, tal vez...) Exhalar... (¿Qué hora era?) Inhalar... (Mejor lo dejo para otro día). Me levanté un tanto frustrado. Hacía tiempo que sen-

tía deseos de aprender a meditar, había leído varios libros con distintos enfoques y trataba de encontrar una manera adecuada para mí, pero todo era inútil. Ya en la oficina, puse en marcha mi castigadísimo ordenador personal y unos minutos después estaba totalmente absorbido por cuestiones de lógica, dando los toques finales a un programa que serviría para captar datos de consumo de energía eléctrica y realizar estadísticas, informes y gráficos. Ese era el único momento del día en que podía darme el lujo de dejarme ser tal cual era, entregarme completamente a lo que más me gusta: el desafío de crear inteligencia, como me gustaba llamarlo, o sea, elaborar procedimientos y diseñar interfaces para que una máquina pueda ser operada de manera segura, rápida y confortable (aunque parezca una actividad fría, se trata de acercar un ordenador a un ser humano que generalmente está poco familiarizado, y esto requiere conocer lo mejor posible a ambos). Me remontaba a mis comienzos, cuando era un adolescente, sustentado por mis padres, y hacía sólo los trabajos que más me motivaban, sin presiones. Como siempre que siento que hago exactamente lo que debo hacer, el mundo y tiempo desaparecieron, y se repitió la magia. Exactamente a las 6:00 sonó la alarma de mi agenda, avisándome que había que despertar a mi socio. Descolgué el tubo, marqué su número y luego de varios timbres, me respondió una voz de dormido.

- Hoooolaa. (Allí estaba mi querido amigo, cansadísimo, tal vez apenas durmiendo desde la una o las dos de la mañana, cuando se acalla la actividad y sus cuatro hijos

se duermen al fin, y sólo luego de atender a su esposa embarazada. Su tono, sin embargo, dejaba escapar a pesar de todo el entusiasmo del emprendedor).

—¿Emilito? Son las seis ...

—Sí señor. Ya estoy “en carrera”.

Corté con una sonrisa, pensando en Emilio, en la suerte de haberme encontrado con alguien así. Hacía ya varios años que había decidido dejar un trabajo seguro para acompañarme en una empresa donde el entusiasmo de ambos era el principal punto a favor. Las cosas no marchaban del todo bien y a pesar de ello cada día nos sentíamos más cómodos uno con el otro. Las siguientes dos horas fueron de trabajo-placer, complementadas con una charla corta a la llegada de mi socio. A las 8:00, llegaron Romina y Norberto y el equipo se completó. La mañana laboral comenzaba y con ella se esfumaba mi recreo. Me propuse tratar de seguir como si fuera de madrugada. Tenía que presentar unas correcciones al sistema antes de las 10:00 de la mañana en una oficina distante unos 20 km. No me faltaba mucho. Tal vez, si no me interrumpieran...Pero fue en vano. El teléfono comenzó a sonar a intervalos regulares y si bien estaba en otra oficina y yo no tenía que atenderlo, la posibilidad de que me necesitaran me provocaba una distracción momentánea y crecía mi inquietud y mi nerviosismo. Poco a poco fui observando cómo se volvía a repetir el clima que me afectaba tanto. La actividad se tornaba por momentos febril: siempre parece haber un problema más

de los que se pueden atender, hay que organizar los recursos, tener en cuenta las cosas importantes y los detalles (¿tiene nafta el auto?), combinar horarios y tratar a todos de la mejor manera posible. Las interrupciones parecen diagramadas por un torturador de mentes cruel e impiadoso, porque ocurren justo cuando menos se esperan, y uno ve claro y diáfano el significado de una palabra que no es de nuestro idioma pero tiene bien ganado su lugar : “*stress*”.

Normalmente me encierro en mi oficina y todos saben que tienen que interrumpirme lo menos posible, así que cuando entra alguien es un asunto que requiere atención inmediata. Si es Romina, tal vez se trate de una consulta simple; si es Norberto, es posible que se requiera un breve cambio de palabras; si es Emilio, lo más probable es que se necesite una reunión de unos cinco minutos o más. Esa mañana entraron Romina y Emilio juntos, con unos papeles, justo en el momento en que localizaba la línea de código con el error, después de seguir la ejecución del programa paso a paso por quince minutos. Levanté la vista, todavía con el error del programa (y su posible corrección) en la cabeza, y esperé que hablaran. Romina me dijo algo de la cuenta en el banco y una firma que hacía falta. Yo fingía atenderla con expresión solícita, mientras pensaba en acceder al archivo antes de realizar el cálculo, para asegurarme que este último estuviera ya hecho y...

De pronto me di cuenta de que habían pasado ya unos segundos de silencio. Los dos me miraban, esperando una respuesta.

—Eeeeeehhhh ... Bueno ..., ensayé, ¿Qué tendría que hacer yo?, esperando que alguien me diera alguna pista del tema.

Romina lanzó un suspiro y dijo con aire cansado:

—Ir al banco a firmar, es lo que te acabo de decir- Emilio tenía esa cara de gravedad que avalaba la inevitabilidad del hecho.

¿Yo tenía que ir al banco?! ¿Justo ahora? Pensé en enojarme, en negarme como un nene caprichoso, pero advertí que era en vano. Saqué cuentas rápidamente: si el trámite del banco me llevaba, digamos, unos veinte minutos, todavía podía terminar las correcciones y llegar a la fábrica antes de las 11:00, haría una llamada telefónica avisando de mi retraso y asunto arreglado. Traté de calmar mi ansiedad y me levanté. Recuerdo muy bien que fue en ese preciso instante que sentí por primera vez el zumbido en mi oído derecho, intenso y agudo, casi como un dolor. Romina vio mi expresión y me preguntó si quería una aspirina, le contesté que no, mientras pensaba si el ritmo de mi trabajo no me estaba afectando seriamente la salud.

Guardé en mi cartera unos papeles que me dieron y salí a la calle a paso rápido, deseando que el trámite terminara lo antes posible. El banco estaba a sólo unas cuadras, y se pierde menos tiempo caminando que utilizando un vehículo y buscando estacionamiento en las cercanías.

Mientras iba por la vereda, no pude evitar pensar en los demás transeúntes, y me vi como ellos,

personas encerradas cada uno en sus quehaceres (tal vez urgencias como la mía). Todos llevábamos en el gesto contraído muestras de preocupación y apuro. Nos cruzábamos sin siquiera prestarnos atención, salvo cuando las trayectorias nos obligaban a darnos paso, y entonces nos dirigíamos una mirada dura y ansiosa, como diciéndonos “decídete por algún lugar y déjame pasar”. La hora era de mucho tránsito y, aunque la ciudad es pequeña, se alcanzaban a ver los reflejos de la polución de los vehículos, dándole al sol un aspecto menos brillante. Un pensamiento me abrumó: ¡Qué difícil se hacía la vida en nuestro tiempo!

Como casi todos los días desde hacía unos meses, tenía un leve dolor de cabeza, pero lo que me preocupaba más era el lejano zumbido, que aumentaba de a ratos. Pensé por un momento en algún problema relacionado con la presión arterial y me atemoriqué ¡Era demasiado joven para algo así!

Cuando faltaban unos cincuenta metros para llegar al banco, el misterioso timbre interior era insopportable, mi temor creció y me distraje pensando en lo que pasaría si algún problema de salud me impedía trabajar por un tiempo. Me imaginé el desastre que sería no terminar todo lo que tenía pendiente. ¿Qué pasaría con los compromisos asumidos? Preocupado por esas ideas, advertí que ya estaba a más de una cuadra de mi destino, y alejándome: había pasado por delante de la entrada del banco sin advertirlo. Curiosamente, el zumbido tendía a disminuir conforme me

alejaba de la puerta que debía transponer.

Di media vuelta y apuré el paso, nervioso con la pérdida de tiempo. El extraño síntoma volvió a crecer y mi preocupación dio paso a la curiosidad. ¿Por qué me aumentaba al acercarme a la esquina del banco? Siguiendo un impulso investigador, volví a girar y caminé alejándome. El zumbido bajaba en intensidad, ya no tenía dudas. Sin entender mucho, deduje que serían impresiones y que, de todos modos, un problema de salud de los normales no iba a empeorar por el simple hecho de acercarme o incluso ingresar a un determinado edificio, así que retomé mi camino con paso firme.

Al llegar a la esquina, a unos metros de la puerta de entrada, sentía tanta confusión por esa sirena interna que casi pierdo el equilibrio. Me detuve un instante, dudando y vi aparecer una cara conocida, saliendo del banco. Era Néstor, un amigo que también es cliente. Me saludó, me hizo algunos comentarios acerca del sistema de gestión comercial que le habíamos vendido, más otros triviales. Yo trataba de responderle de manera normal, para que no notara mi malestar. No tenía ánimo para contarle nada ni para seguir charlando. Mis intentos por apurar la despedida incluyeron acercarme hacia la puerta del banco, en ademán de entrar, y cuando lo hice sentí un mareo y casi caigo al piso tropezando con el escalón de entrada.

—¿Te pasa algo?— dijo Néstor.

—No, ... nada... Me duele un poco la cabeza. Mentí

—Cuidado con el stress, mirá que cuando el cuerpo

protesta, ya es tarde.

Le respondí asintiendo con la cabeza, le levanté la mano en señal de saludo y nos despedimos.

Confundido y sin saber bien lo que pasaba, giré y crucé la puerta de entrada.

No sé si me habré tropezado con algo, si caí o me desmayé. Todo lo que recuerdo es una sensación de vacío, como las bajadas de una montaña rusa o las picadas en avión o, seguramente, como debe ser estar en caída libre. Eso y una repentina oscuridad.

CAPÍTULO 2

Como lejana sonaba la música de Queen, un hermoso tema llamado “Todos los días de nuestras vidas”, una de las últimas grabaciones antes de la muerte de Freddie Mercury.

Todas las sensaciones de mi cuerpo correspondían al acostumbrado despertar matutino: envuelto en sábanas, con la cabeza sobre mi inconfundible almohada y escuchando a mi radio-reloj (por suerte un lindo tema musical). Antes de tomar conciencia de la realidad, mi cuerpo y mi mente actuaban automáticamente, siguiendo la costumbre diaria. Me di vuelta para bajar un poquito el volumen (lo pongo intencionalmente alto para asegurarme el despertar y luego puedo bajarlo o apagarlo, según si me gusta lo que escucho o no) y al abrir los ojos la visión me hizo sentir de un salto en la cama, completamente sorprendido. No había mesa de luz ni radio-reloj, mi cama estaba en el medio de lo que parecía un hermoso campo, bajo un cielo azulado que se aclaraba hacia el horizonte, dando justo a los pies. La tierra, hasta lo que se veía, estaba repleta de pasto verde claro, matizado aquí y allá por grupos de plantas con flores de colores vistosos. A pesar de la poca luz (estaba justo por amanecer) podía divisar a unos cien metros a la izquierda un pequeño arroyo que doblaba para pasar delante de mis ojos y perderse hacia el horizonte por mi derecha. La orilla estaba repleta de piedras entre

las que crecían más flores. Sobre el cielo, que ahora iba tomando un color naranja-amarillo en el horizonte, se veían unas pocas nubes que lucían sus bordes inferiores brillantes, dando al naciente.

A pesar de lo apacible del paisaje, podía escuchar el desenfrenado golpeteo de mi corazón, y sentía el sudor correr por la espalda. Me quedé incapaz de moverme no sé cuánto tiempo, desconcertado y asustado. Cuando comencé a reaccionar, ya se veía un tercio del disco del sol, y su brillo quedó grabado en mis retinas como una mancha violácea. Por mi cabeza pasaron un montón de ideas, en mi esfuerzo por entender algo. Pensé en un sueño, pero parecía muy real (para ser exacto, las sensaciones que experimentaba se ubicaban en un grado intermedio entre un sueño y la realidad: Todo estaba allí, pero desaparecía en una bruma difusa tan pronto como dejaba de prestarle atención. Lo único que se distinguía claramente era aquello en lo que “enfocaba” mi mente).

Mi cuerpo era el mismo, y mi memoria parecía completa. En un sentido integral, yo seguía siendo el de siempre y eso me tranquilizó bastante. Me dije que si al menos seguía contando con las discretas capacidades que siempre tuve, podía tener una esperanza de entender. Aunque estaba mareado de ideas confusas, concluí que no tenía sentido quedarme en la cama, así que me senté en el borde, encontré mi calzado y me lo puse, me incorporé y comencé a caminar despacio, hacia el sudeste, con el sol por delante de mí y un poco a mi izquierda. Después de recorrer unos

metros, por curiosidad me di vuelta y la cama ya no estaba, sólo el paisaje. El aire era cálido y el ambiente natural invitaba a respirar profundamente. Advertí que llevaba puesto un conjunto deportivo, de esos que uso para estar cómodo los fines de semana. No recordaba cuándo me había vestido, pero ése no era el peor de los misterios.

Me entregué por un momento al regocijo de contemplar el milagro diario del amanecer y sentí por instantes mi cuerpo y mi mente inundados de esa calma profunda que transmiten las mañanas serenas en el campo. No pude evitar pensar que esto sucede todos los días y la mayoría de nosotros nos lo perdemos por dedicarnos a cosas que consideramos “importantes”. Caminé sin rumbo, tranquilamente, mientras el sol iba subiendo en el cielo, la mañana maduraba y los olores de una incomprensible primavera llenaban el aire. Lentamente me fui internando en un hermoso parque con grupos de tres o cuatro árboles de distintos tipos separados entre sí por unos veinte metros. Avanzaba alternando la luz del sol con islas de sombra fresca. Caminando lentamente, intentaba ordenar mis ideas: sin duda el momento era agradable y no parecía haber peligro, pero ¿dónde estaba? Todo era tan inesperado y extraño que no atinaba a redondear ninguna explicación. ¿Estaría muerto? La idea me despertó una sensación de impotencia y desesperación. Como cuando perdemos a un ser querido, me invadió una profunda tristeza, mezclada con el arrepentimiento por todas las veces que evalué a la

vida con ojo crítico y a la ligera. No podía ser, ¡me faltaban tantas cosas todavía! Comprobé con dolor cuánto deseaba y amaba estar vivo, ya que no quería cambiarlo ni por el más bello de los paraísos.

De pronto pensé en mi propia tranquilidad. ¿Por qué no sentía miedo, siendo todo tan anormal? Algo dentro de mí comenzó a inquietarse y pensé en los miles de riesgos que corría alguien que como yo estaba en medio de un lugar desconocido, sin siquiera una protección contra las inclemencias del tiempo. ¿Qué pasaba si comenzaba a llover? Las imágenes de un temporal pasaron por mi cabeza, con claridad, y estaba agradecido por lo benigno del clima cuando una pequeña brisa me enfrió la nuca y al volverme, vi el cielo cubierto por oscuros nubarrones, que avanzaban rápidamente cubriendo todo. El aire tornó más fresco y sentí un suave olor a tierra mojada. Se acercaba una tormenta, sin dudas (¿Por qué no la vi antes?). “Parece una de esas tormentas de verano, que comienzan bruscamente, con fuertes vientos y truenos”, pensé, y al punto una ráfaga fría me estremeció. Poco a poco, el sol terminó por quedar totalmente oculto, y el paisaje se volvió sombrío.

El viento fue haciendo crecer el rumor en las copas de los árboles y aparecieron aquí y allá esos silbidos de ramas atravesadas por ráfagas que suben y bajan de intensidad. No tenía nada para protegerme y lleno de inquietud me imaginé los rayos de una tormenta eléctrica y el peligro que representa la cercanía de árboles.

Justo en el momento en que por mi cabeza pasaban esas ideas, un resplandor dibujó sombras en un grupo de pinos que estaban frente de mí, y casi inmediatamente un trueno llenó el paisaje de ecos. Una gota de las primeras me pegó en la frente. El acogedor paisaje se había tornado frío y peligroso en cuestión de minutos. Siguiendo un impulso me largué a correr, para detenerme enseguida: ¿Adónde ir? Pensaba que era peligroso resguardarme debajo de los árboles pero tenía que buscar urgente algo que me proteja de la ... De pronto creí entender. Siguiendo un impulso frené bruscamente mis pensamientos y sonreí, invadido por esa euforia que siento siempre que estoy por descubrir algo nuevo. Para corroborar, traté de imaginar el más copioso de los chaparrones al tiempo que, mirando al cielo, grité: ¡LLUVIA!

Durante unos segundos no ocurrió nada, pero luego, casi tan bruscamente como en mi imaginación, se desató un temporal de agua tan denso que casi me impedía abrir los ojos. Parecía que había dado resultado, pero ¿qué hacer ahora? Nada más que por no quedarme parado, corrí en cualquier dirección, mirando con los ojos entrecerrados a izquierda y derecha, tratando de encontrar... Un refugio.

Sí, tal como lo había imaginado: a unos cincuenta metros había un refugio de material, como esos que están en las paradas de ómnibus locales: tres paredes (dos de ellas con pequeñas aberturas a modo de ventanas) y un techo que se prolonga en un alero sobre la cara abierta.

Entré corriendo y me quedé unos segundos parado, mientras recuperaba el aliento y reflexionaba acerca de mi lamentable estado físico ¿Cuánto fue? ¿Cincuenta metros? Menos quizás, y mira cómo estás, pensaba, parece que hubieras corrido varios kilómetros. Sentía mis mejillas ardiendo, el corazón me galopaba y un ardor me subía por la garganta. Demasiado tiempo sentado, comiendo esas cosas agradables al paladar, cómodas para la oficina pero un desastre para el cuerpo.

Me senté sobre la saliente de hormigón que hacia de banco y lentamente traté de sacar conclusiones: El lugar no era típico, mi estado de conciencia tampoco (al menos por la forma difusa en que percibía las cosas). El clima parecía responder solícito a los dictados de mi imaginación, mi estado de ánimo o incluso mis miedos. Cada fenómeno meteorológico había ocurrido justo después de pasar por mi mente. Era una teoría extravagante, pero nada aparecía muy normal, de manera que decidí completar el experimento para cerciorarme. Unos segundos después, me hallaba sentado en el piso, las piernas cruzadas, los antebrazos descansando sobre las rodillas y la espalda erguida. Cerré los ojos y comencé a respirar profundamente, concentrándome en los latidos del corazón. Al cabo de unos minutos me encontraba bastante más relajado, las pulsaciones habían bajado a un nivel normal, el ardor de la garganta había desaparecido y, a pesar de estar todavía empapado, ya no sentía frío. Antes de abrir los ojos, sentí un calor familiar en la mejilla, como de sol entrando por la

ventana. Ya no se oía el fuerte viento y en su lugar me llegaba un rumor lejano y conocido, que me hizo imaginar el paisaje antes de verlo: el mar.

Desde dentro del refugio, se veía una amplia playa de arena clara, con una pendiente muy suave. Las olas reflejaban la luz del sol y el cielo limpio mezclaba su azul con el del agua en el horizonte.

Me levanté inquieto y feliz. Al menos algo había descubierto: El lugar no era conocido pero me bastaba con estar tranquilo y en paz para convertirlo en un paraíso. Caminé lentamente hacia la costa, disfrutando del sol y la suave brisa. (ahora tenía puestas una remera fina y una malla, y estaba descalzo, pero eso no me sorprendió). La playa era inmensa, y se extendía a ambos lados hasta donde daban mis ojos. Hacia atrás, se veía un cordón de vegetación frondosa y variada: ¡Un paraíso!

Cuidando mucho de no dejar pasar por mi mente imágenes desagradables, pensé en la muerte nuevamente, ¿Sería algo así? ¿Aparecería en algún momento alguien, un ángel o un conocido ya muerto, a explicarme?

La transparencia del agua, más la belleza del fondo de arena y piedras color gris verdoso me cautivó y olvidé todas mis inquietudes.

Pasé un buen rato disfrutando de las olas y nadando hacia adentro, hasta que extenuado me tiré boca arriba en la orilla, dejando que la espuma me moje los pies suavemente. Con la visión del limpio azul del cielo, más alguna nube pequeña aquí y allá, me dediqué a reflexionar.

Tenía un vago recuerdo de haber cruzado la puerta de un banco, pero entre ese momento y el despertar en mi cama no podía reconstruir nada más. Pensé en un accidente de esos que provocan una amnesia puntual (justo el momento más traumático), y quedé algo conforme, pero lo que no podía de ninguna manera explicar era mi situación actual. A pesar de la incertidumbre, lentamente me fui relajando y dejé de torturar mi mente con preguntas. Concluí en que mi ansiedad no me ayudaría y decidí dejar que las cosas sucedan solas, sin la interferencia de mis miedos.

Tenía los ojos cerrados y podía percibir el brillo del sol a través de los párpados. La tarde (o la mañana o lo que fuera), era perfecta, el aire se movía lentamente, el mar estaba tranquilo, el cielo limpio... ¿Habría gente por aquí? ...Me sobresalté. Con la idea de otro ser humano en mi cabeza, y considerando la manera en que el entorno respondía, supe que me iba a encontrar con alguien.

Siguiendo un impulso, traté de borrar de mi mente todo lo que pudiera relacionarse con personas. Ahora pienso que tal vez tenía un poco de miedo, me sentía desconcertado y me pareció natural el querer estar solo, en vez de buscar compañía. Es evidente que no soy un ser muy sociable.

De cualquier manera, no pude evadir la idea. Nunca me fue posible olvidar algo conscientemente, de manera que, resignado, abrí los ojos y miré a mi alrededor.

CAPÍTULO 3

Estaba a unos cincuenta metros, en la orilla. Era un hombre joven, flaco, que vestía un pantalón de baño blanco. Parecía entusiasmado con tirar piedras al agua. Arrojaba una, se quedaba unos segundos mirando, y luego otra, una y otra vez. Lentamente me fui acercando. Advertí que estaba haciendo “patitos”, o sea, tratando de que las piedras reboten varias veces sobre la superficie. Sonreí, imaginando una mente de niño, capaz de disfrutar de cosas simples. Estaba a unos metros, apenas, creo que no me había mirado y sin embargo, supe que había advertido mi presencia. Seguía absorto en su juego, sin prestarme atención. Me detuve a observar su aspecto. Parecía atlético, pero no tenía músculos grandes. Su figura me recordó a esos corredores llamados “fondistas”, que entrenan trotando 10 o 15 kilómetros diarios. Su cuerpo era fibroso y sin grasa. Era un poco más alto que yo, de piel blanca pero algo curtida por el sol. Tenía una barba incipiente y pelo castaño.

Su cara angulosa, de nariz recta me resultaba familiar, pero no pude reconocerlo.

Tengo mucha práctica en eso de hacer patitos, y pude ver que estaba cometiendo un error: tiraba las piedras hacia abajo, haciendo que golpearan muy fuerte la primera vez, y se desviarán. Decidí mostrarle mi técnica. Busqué una pieza apropiada y encontré una chata y redonda, parecida a un disco, perfecta para

mi propósito, esperé a que las olas me ofrecieran una superficie plana y la tiré horizontalmente, tratando de darle la mayor velocidad de rotación. La piedra describió una parábola y fue a rozar el agua justo cuando comenzaba a descender. Tocó suavemente la superficie y empezó a rebotar dando saltos cortos y rápidos, hasta que, al final del impulso, se deslizó unos centímetros flotando y terminó por hundirse.

Me miró sorprendido y entusiasmado. No habíamos cruzado una palabra, pero parecíamos dos niños que se conocían desde siempre. Inmediatamente tomó otras piedras y comenzó a practicar tratando de imitar mi estilo. Yo también seguí jugando.

Un tiempo después, estábamos logrando figuras dignas de un circo: esperábamos que rompieran las olas y tirábamos justo para que la piedra rebote en la cresta y se elevara verticalmente, o hacíamos saltar la piedra por sobre una ola, o contábamos los rebotes (a veces, más de diez).

Seguimos así hasta que, algo agitado, me senté a descansar el brazo. Él se sentó también, jadeando feliz, y sin decir una palabra.

Me quedé mirando al horizonte mientras fingía naturalidad, impostando una actitud serena como una forma de estar en guardia. Me parecía bastante lógico no confiar mucho en nadie en aquel lugar tan extraño, y aunque la persona que tenía al lado parecía muy amigable, mis miedos me llevaron lentamente a crear una especie de distancia, enfriando la corriente de simpatía creada con el juego. El clima real, por su

parte, también tornó más inhóspito, de la mano de una brisa con olor a tormenta, y nubarrones que fueron apareciendo.

Permanecimos así por unos minutos. Comencé a sentirme de mal humor, viendo cómo el día empeoraba y sin poder hacer nada para borrar las ideas de desconfianza en mi cabeza. No podía articular palabra, y de alguna manera advertía que mi acompañante sabía de la sincronía entre mis estados de ánimo y los vaivenes climáticos. Aunque suene ridículo, me sentía avergonzado por esas nubes en el cielo. En medio de la incomodidad, me di cuenta de que cuando se tiene mucha práctica en elaborar pensamientos de desconfianza y miedo, no alcanza con la voluntad para lograr que la mente funcione de manera distinta.

—No te sientas mal por desconfiar. Esto ha sido demasiado ¿verdad?

Sus palabras sonaron serenas y tranquilizadoras. Tal vez fue lo que necesitaba para aflojar un poco mi actitud. Me sentí un poco más cómodo y me animé a responder.

—No sé quién eres, pero ésa es sólo una de la lista de preguntas que me aparecen. La verdad es que me gustaría entender algo...

—Quizás pueda ayudarte. Para empezar: entraste en un estado de conciencia bastante raro y totalmente nuevo para vos. Las causas pueden ser variadas y tal vez no sea prudente que nos detengamos en eso. Tu estado actual podría describirse como un enfoque de tu mente hacia un plano distinto del espacio-tiempo en el que funciona siempre.

—¿Qué está pasando en mi mundo?

—Para tu mundo, como lo llamas, estás inconsciente, que es como decir que tu conciencia no está enfocada hacia allí.

—Me deben haber dado por muerto.

—No. De ninguna manera. La evolución temporal que estás percibiendo aquí, no es equivalente en el espacio-tiempo.

—¿Significa que allí no han transcurrido todas estas horas?

—Para ser exactos, estas últimas horas no han sido reales sino sólo una sensación de transcurrir, ya que tu mente necesita ese mecanismo para incorporar la experiencia.

—¿Podré volver?, ¿Cuándo?

—Podemos seguir hablando de “cuandos” y “don-des”, pero debes entender son conceptos que no se aplican en este estado. Volverás si logras generar las condiciones de retorno.

—¿Cómo puedo hacer?

—Esta situación, como tantas, presenta un dilema, para cuya resolución deberás utilizar conocimientos que aún no has adquirido. Si deseas crear los caminos para el retorno, deberás aprender algunos detalles referidas al funcionamiento de tu ser.

—Pero. ¿Existe alguna posibilidad de que no lo logre?

—Es remota, pero existe.

—No es muy alentador.

—A propósito, la forma en que ves las situaciones es uno de los elementos que influyen para generar las condiciones para el retorno que te mencioné.

Hablaba y sonreía. Parecía divertido con mi preocupación, pero no se estaba burlando. Había algo en su forma de tratarme que me resultaba familiar, como si fuésemos viejos conocidos.

—¿Y tú, cómo llegaste hasta aquí?

—Mi identidad es otra de las cosas que tendrás que descubrir. Verás: existen conceptos cuyo enunciado con palabras no sólo es complicado, sino que muchas veces lejos de ayudar confunde más de lo que aclara. En estos casos es mejor adquirir el conocimiento con métodos de vivencia y aprendizaje intuitivo antes que comunicación verbal.

—De cualquier manera, se me ocurre que serás quien me ayude a aprender lo que necesito para volver, y debo confiar en ti.

—¡Muy bien! ¿Lo ves? Escuchar a la intuición no es tan difícil, ni siquiera para alguien que ha cultivado el raciocinio como única herramienta de aprendizaje por tanto tiempo.

Sonriendo satisfecho, miró al horizonte. Yo estaba un tanto contrariado. Había pronunciado mi última frase casi irónicamente, pero él no captó la desconfianza que sentí, o no quiso prestarle atención. De cualquier manera, me había tranquilizado bastante. El atardecer, obediente, se había tornado muy apacible. Las sombras de los árboles se alargaban paulatinamente, hasta llegar a la costa donde se dibujaba la marca del mar en forma de una delgada línea de sal. Es cierto que el aire estaba un poco frío, pero no llegaba a incomodar. Mientras disfrutaba de paisaje, decidí que

la opción de hacerle caso a un desconocido en una situación tan rara, si bien resultaba muy extraña a mi lógica habitual, parecía la mejor. Era sólo una sensación, algo intuitivo, como había dicho él, pero no tenía otra cosa.

—De acuerdo - dije, ¿Qué debo hacer? Me miró sonriendo.

—Lo primero es dominar la ansiedad.

—En estas circunstancias, no parece fácil.

—Puede ser, pero piensa: ¿en qué puede ayudarte que intentes acelerar la velocidad de los procesos naturales?

—Es cierto, pero al menos dime. ¿Cuán ... perdón ¿Cómo vamos a empezar?

—Lo segundo es mirarse un poco, aprender a disfrutar del paisaje.

—Mirarse interiormente, dirás.

—No, aprovecha la oportunidad que te brinda tu estado especial. Eres todo lo que ves. No puedes ver otra cosa que no esté saliendo de tu interior.

—¿Todo este paisaje soy yo?

—Cada milímetro.

—Interesante.

—Disfrútalo.

Era una teoría muy sensata, a juzgar por los hechos, y mi mente lógica celebró que la circunstancia le cuajara, al menos en ese aspecto.

Me incorporé y lentamente comencé a caminar, mirando alrededor con curiosidad. Él se puso a mi lado con aire tranquilo y despreocupado. Me sentía bien,

aunque algo nervioso. La noche se acercaba y la brisa se había enfriado lo bastante como para sentir la piel de gallina. Terminaba de bostezar cuando supe que, a la vuelta de la saliente de rocas hallaría lo que esperaba.

Era una casa simple de troncos, con escasa decoración pero muy acogedora. Siguiendo un impulso, entré con actitud segura, como si siempre hubiera vivido en ella. No tenía divisiones, era toda una sola habitación. Al fondo, contra las dos paredes laterales había dos camas, una mesa de troncos en el medio, dos sillas y a un costado una conservadora que seguramente contendría nuestra cena.

—Pasa- le dije. Siéntate. Te invito a comer.

Saqué la comida de la conservadora (sándwich y gaseosa) y nos sentamos.

—A propósito. ¿Cómo debo llamarte?

—Mi nombre es Er-Ham.

Extendí mi mano

—Alfredo. Un placer.

Nos saludamos sonriendo. Me terminé de tranquilizar. Mi acompañante podía ser extraño pero lo último que parecía era una persona amenazante.

—Dirás que es ansiedad, pero me intriga mucho saber cómo vamos a comenzar.

—Está bien, te lo diré.

—Soy todo oídos- dije impaciente.

—La verdad es que ya comenzamos.

—¿En serio?

—Absolutamente.

—Qué pena. Me perdí las primeras lecciones.

—No sólo no las perdiste sino que las aprovechaste muy bien.

—Genial. Ahora ni siquiera sé lo que sé.

—Veamos. La primera lección la tuviste antes de descubrirme. Pudiste percibir, gracias a los cambios de clima, que tus miedos afectan tu circunstancia. Hasta probaste a enfrentarte a ellos en una muestra de valor interesante, diría, comprobando que en realidad los fantasmas son de cartón y que sólo hace falta decisión y paz interior. La segunda lección fue parecida, pero me incluye: Debiste confiar en tu percepción intuitiva ¡y lo hiciste muy bien! Podrías haber elevado tus niveles de desconfianza hasta hacerme desaparecer. Ten en cuenta que este paisaje es tuyo, y puedes expulsar o admitir a quien desees. Tu intuición, en franca oposición al sentido racional que has estado utilizando durante gran parte de tu vida, te dijo que podías confiar en mí. Gracias a que la escuchaste, estamos aquí hablando. Si hubiera que calificarte, te diría que rendiste el examen de ingreso. Te felicito.

—Estoy sorprendido. Ni siquiera sé si debo interpretar eso como un elogio. De cualquier manera, te agradezco la amabilidad. Espero en lo sucesivo poner más atención y preocuparme por ser más conciente de lo que estoy aprendiendo.

—Si crees que debes tomarte las cosas como deberes, al igual que cuando estudiabas las materias de la secundaria, olvídalo. ¡Relájate! *Aprender es disfrutar*. Si no disfrutas, estás razonando, memorizando, pero no

aprendiendo. Si disfrutas, estás aprendiendo, aunque tu conciencia no se dé por aludida. No te preocupes, se enterará cuando sea el momento.

Sus palabras me sonaban extrañas. Era como si los conceptos me gustaran antes de parecerme razonables. Al entender su significado, lo primero que sentía era un placer espontáneo, y sólo después mi mente racional llegaba a corroborar la lógica de las ideas. Se levantó de la mesa y se dirigió hacia una de las camas.

—No se me había ocurrido nunca relacionar aprendizaje con diversión- dije. Tengo que reconocer que me parece no sólo lógico, sino hermoso.

—Es cierto que existen distintos métodos para llegar al conocimiento. Muchos incluyen sacrificio, esfuerzo e incluso dolor, pero el momento del aprendizaje es siempre gozoso.

—Y mientras no experimentemos el gozo, podemos decir que no hemos aprendido, ¿no es cierto?

—Algo así.

—Sin embargo, creo que muchos aprenden sin llegar a gozar. ¿Me falta ver algo?

—Te falta ver mucho, pero tu mente sigue con la ilusión de cansancio que ha estado experimentando durante toda su vida, y te pide dormir. ¿Seguimos mañana?

—No puedo, ahora me entusiasmé.

—No es entusiasmo. No espantes a la intuición con ansiedad. Trata de dormir ¿Si?

Me acosté no muy convencido. Mi mente sacudía

ideas de aquí para allá a un ritmo alocado. Con la mirada fija en el techo, se me ocurrían cincuenta preguntas nuevas por minuto mientras escuchaba la respiración de Er-Ham cada vez más pesada. Se había dormido. Era mejor que yo también durmiera.

CAPÍTULO 4

La ventana era un recorte de pálida luz en la semioscuridad del pequeño refugio. La imagen de un hombre sentado en la cama, con los pies cruzados y la espalda erguida se dibujaba borrosamente. Acomodé la almohada, disfrutando de un apacible despertar y mi amigo me miró amistosamente.

—¿Qué tal?

—De maravillas. ¿Qué hora es? ... De pronto recordé todo y la pregunta me sonó totalmente fuera de lugar. Er-Ham me miró divertido.

—La que se te ocurra.

—Ahá. Cierto- dije desperezándome y fingiendo naturalidad, El día pinta interesante.

—Alfredo, ¿Nunca pensaste lo que podrías disfrutar si fueras más expresivo?

—¿Cómo?

—La totalidad de esta experiencia acaba de golpear tu mente. Sentís que es un momento único, y sólo se te ocurre desperezarte.

Tenía razón. ¿Por qué no demostraba lo que sentía?

—La verdad, no sé por qué lo hago.

—No hace falta que seas más expresivo conmigo. Puedo verte más allá de lo que tus actitudes demuestran. Pero ten presente que en el espacio-tiempo la comunicación verbal y de gestos es muy importante. Están tan acostumbrados a ella que casi no utilizan otro método, al menos de manera conciente.

—¿Existen otros métodos para comunicarse?

—Muchos. Y más efectivos.

—¿Me los enseñas?

—Con gusto. Cuando estés listo. Volviendo a tu falta de expresividad, sería valioso que busques las causas.

—Tengo que interpretar que no vas a mostrarme ahora formas alternativas de comunicación. Bien. ¿Se te ocurre por dónde podría comenzar para encontrar las causas de mi falta de expresividad?

—¿Dónde comenzarías vos?

Pensé un momento.

—Tal vez sea una cuestión genética.

—Cuestión genética... ¿Crees que sabes andar en bicicleta porque estaba en tus genes?

—No.

—Lo aprendiste. ¿Verdad?

—Sí.

—Ahora imagínate: ¿Qué pasaría si supieras andar en bicicleta pero no recordaras el momento en que aprendiste? Podrías pensar que es genético.

—Cierto. Significa que en algún momento aprendí a reprimir mis emociones, pero ahora no recuerdo cómo fue. Sólo me quedó la lección, como si viniera de mi interior.

—Exacto.

—Me gustaría saber cómo fue que lo aprendí. Quién me lo enseñó.

—Espera. ¿Qué harías si lo supieras?

—Bueno... le preguntaría por qué me enseñó eso.

—¿Qué esperas que te conteste?

—No sé.

—Si tu deseo es ser más expresivo, no distraigas esfuerzos en conocer los motivos que otros han tenido para hacer lo que hicieron. Aún cuando se trate de tu experiencia personal, y entrañe dolor, es muy poco lo que puede ayudarte el que te dediques a juzgar lo que hacen los demás. Todo lo que hagas para alimentar resentimiento es energía desaprovechada.

—Tienes razón. Si de algo me sirve acordarme, es para conocer un poco más mis propios mecanismos de aprendizaje y corregir lo que pueda considerar inútil.

—¡Muy bien!

—¿Puedo recordar esas cosas?

—Seguro. Está en tu memoria, pero su acceso es complicado.

—¿Complicado?

—Sí. En general los momentos que dejaron grabados en tu memoria esas reacciones fueron experiencias traumáticas. La mente no es muy afecta a almacenar en lugares visibles las cosas dolorosas o desagradables, de manera que lo pone en partes “disimuladas”. Es como si en tu casa tuvieras un galponcito al fondo donde almacenar todo aquello que piensas que alguna vez puedes necesitar, pero su vista no es estética.

—O sea que si quiero descubrir el origen de mi falta de expresividad, tendré que aprender a entrar en esos lugares disimulados de mi memoria. Realmente no tengo ni idea de por dónde empezar.

—Bueno, yo diría que tu estado actual es una oportunidad única.

—¿En serio?

—Ten presente que todo este paisaje viene de tu interior. La formidable metáfora en que has transformado a tu mente y tu memoria te permite explorarla en el sentido literal de la palabra, como quien sale a recorrer un terreno para conocerlo.

—Suena excitante. Pero debo decirte que todavía encuentro contradicciones. No quisiera parecer desconfiado.

—Estoy para despejar todas tus dudas.

—Gracias. Para ser preciso, lo que hoy me cuentas de aprender durante experiencias traumáticas no me coincide con lo que ayer decíamos de aprendizaje con gozo.

—Grandioso. Eres un lógico incurable. Todo tiene que pasar por tu faceta “ciencia exacta” para que puedas darle cabida. No me parece mal. Creo que usaré esa herramienta para hacerme entender. ¿Te acuerdas del aguacero?

—Sí. Suerte que encontré un refugio.

—¿Podemos decir que fue una experiencia poco agradable?

—Bueno, el aguacero sí, el encontrar el refugio, no. Empezaba a darme cuenta.

—Exacto. Las experiencias fueron traumáticas pero cuando encontraste una solución que te permitiera superarlas, fue un momento grato. Precisamente porque fue grato quedó en una parte visible de tu memoria, y eso causó que siguieras utilizando el método que te procuró bienestar en su momento, como una

manera de asegurarte protección.

—A ver si entiendo: Hace mucho aprendí a reprimir mis emociones, logré resultados positivos y eso me puso bien. Recuerdo el método porque me proporcionó momentos agradables, pero no las causas que me llevaron a usarlo. Ahora que la situación cambió y ese recurso ya no es necesario, sigo aplicando una receta vieja e inútil sólo porque una vez hace mucho me sirvió de ayuda.

—¡Claro! Como este refugio. Anoche fue necesario, pero ahora no tiene sentido seguir adentro. Ha salido el sol.

Er-Ham había dicho esto mirando por la ventana. Se veía un día hermoso desde allí.

—Si te capté completamente, en algún lugar de por allí afuera, seguramente oculto o de difícil acceso, han de estar los recuerdos que me llevaron a aprender a reprimir mis emociones. Si los encuentro y puedo traerlos de nuevo a la conciencia, terminaré por conocerme mejor.

—Es cierto. Y tienes la oportunidad de desbloquear las trabas de tu memoria jugando al explorador. ¿Qué te parece?

—Qué no me lo pierdo. ¿Venís?

—Me encantaría.

—Pero antes, ¿Qué tal si nos vestimos adecuadamente?

Me volví para buscar en un roperito pequeño que había aparecido en un rincón un par de bombachas y camisas de tela resistente, mas unas zapatillas de cue-

ro muy cómodas. El aire estaba fresco y agradable, sin demasiado calor. Sentía un maravilloso bienestar y entusiasmo. Nos vestimos en silencio y salimos.

—¿Hacia dónde te dirigirías vos?, pregunté algo desorientado.

—No te preocupes tanto por el rumbo. *Camina con intención y el rumbo se te irá revelando.*

Siguiendo su sugerencia, me concentré en lo que quería encontrar y me dirigí hacia unas montañas repletas de árboles y densa vegetación, en dirección opuesta al mar. En silencio, empezamos el ascenso, esquivando plantas y mirando el suelo para evitar engancharnos con los arbustos. No había camino, y ascendíamos con dificultad. Cada tanto encontrábamos formaciones rocosas que nos obligaban a trepar por la piedra resbaladiza, aferrándonos como podíamos a las raíces que sobresalían de las grietas. Mi amigo me seguía en silencio.

Lentamente, lo que comenzó como una diversión me fue quitando el aliento. Comencé a sentirme cansado y mi buen humor se fue deteriorando. El clima, algo que ya me resultaba familiar a esa altura, se tornó fresco y algo ventoso. ¿Llovería? Seguíamos ascendiendo sin tener una idea clara del final, ya que la vegetación no permitía ver la cima.

La primera gota me pegó en la oreja, y la confundí con transpiración, pero luego aparecieron más, frías y numerosas. Miré a Er-Ham como esperando un aval para seguir. Él me sostuvo la mirada, sereno, casi divertido, pero no acotó nada. Di la vuelta y continué

con energía. Si había algo allá arriba, lo encontraría aunque me cueste.

La lluvia se hizo más densa, el suelo resbaladizo y mi humor no mejoró a pesar de mis esfuerzos. Estaba bastante desconcertado porque por momentos me sentía bien pero la lluvia no se detenía. El hecho de que lloviera sin mi consentimiento me ponía mal y, entonces (ahí sí) el tiempo empeoraba.

Marchaba con determinación, empapado y malhumorado, sin mirar atrás y sin saber bien cuánto más tendría que subir cuando de pronto el suelo se niveló y me encontré con un enorme abismo. Miré hacia abajo y sentí una fuerte aprensión. Debería haber unos cien metros hasta el fondo. A unos veinte metros estaba el otro lado, unido por un puente de sogas. Con la visibilidad dificultosa por el chaparrón, apenas alcanzaba a ver la entrada a una enorme cueva. Me volví para consultar a mi amigo, aunque sabía la respuesta.

Le hice un gesto como preguntando si me acompañaba. Era más fácil eso que hablar en medio de la tormenta. El asintió. Me di vuelta decidido y, de pronto me asaltó una terrible duda. Volví a mirar a mi amigo a los ojos y algo inquieto le pregunté gritando por sobre el ruido del temporal:

—¿PUEDO MORIR?

—LA MUERTE ES SIEMPRE UNA ELECCIÓN POSIBLE.

—¡GRACIAS POR EL ÁNIMO!

—¡DE NADA!

Me acerqué lentamente al puente. Las sogas se movían violentamente con el viento, empapadas y resbaladizas. Pensé en desistir, después de todo era una decisión mía y no perjudicaba a nadie. Me detuve dudando, mientras el agua me corría por el cuerpo y el viento me hacía trastabillar. Podía sentir la presencia de Er-Ham detrás de mí. ¿Y si me caía? La posibilidad de la muerte me paralizaba. No quería correr el riesgo y realmente no estaba ya tan convencido de lo valioso de descubrir esos recuerdos ocultos. Al principio la aventura me había entusiasmado, pero el peligro que veía ahora frente al abismo me asustaba.

—CREO QUE PREFIERO QUE VOLVAMOS—
Grité hacia atrás sin mirar. No quería enfrentar la mirada de Er-Ham.

—COMO PREFIERAS. DECIDE SIN PRESIONES.

La voz amable y comprensiva me tranquilizó. Giré y mi amigo ya se aprestaba a bajar. Su gesto era sereno y amigable. Podía percibir que él entendía mis miedos y eso me reconfortó. Fue una sensación muy agradable, casi emocionante, la de sentir que alguien aceptaba mis miedos sin invalidarlos ni juzgarlos.

Empecé a caminar hacia abajo, en dirección contraria al puente, con Er-Ham a mi lado, pero la sensación de alivio pronto fue reemplazada por una inquietud creciente. ¿Realmente iba a desistir? ¿No era eso lo que había estado haciendo todo este tiempo? ¿No me iba a decidir nunca a conocerme más profundamente? Estaba cansado, totalmente mojado y aterido de

frío, pero junté valor y di la vuelta con determinación.

—¿NO VOLVEMOS?, preguntó Er-Ham.

—¡NO! YA QUE LLEGUÉ HASTA AQUÍ MÁS VALE SEGUIR, ¿NO TE PARECE?

Mi pregunta no esperó respuesta. Con paso rápido llegué al puente, tomé con ambas manos dos de las tres sogas que lo formaban y pisé en la de abajo. Tratando de no resbalar, fui avanzando sin quitar la vista de la entrada a la cueva que había al otro extremo. Las ráfagas me balanceaban de un lado a otro y me obligaban a parar cada dos pasos, esperando que calmara un poco. Cuando podía, pisaba hacia delante y desplazaba con mucho cuidado las manos. Tenía los músculos doloridos por la contracción, pero no podía relajarme. En un momento miré hacia abajo y se me hizo un vacío en el estómago. Realmente estaba muy lejos el piso. Decidí no volver a mirar. Después de lo que me pareció una eternidad, llegué al final del puente. En mi ansiedad por pisar tierra firme, salté el último metro, resbalé en el barro y caí de frente, golpeándome las muñecas. Permanecí quieto en el piso, bajo la lluvia, mientras mis músculos se iban relajando y recuperaba el aliento. A pesar de la lluvia y el frío, sentía las sienes, la frente y las mejillas calientes y empapadas de sudor.

Cuando me recuperé, Er-Ham estaba a mi lado, ofreciéndome su mano. Acepté su ayuda, me levanté y, corriendo, entramos a la cueva.

Pasar a estar a resguardo de la lluvia ya fue un cambio placentero. El aire dentro de la cueva era cálido, y un

resplandor suave la iluminaba difusamente. Tuve la sensación de haber superado lo peor y sentí alivio. Comenzamos a internarnos lentamente por un túnel abovedado. Las paredes eran de piedra y una tierra marrón rojiza. Parecía una mina de carbón, o hierro. El camino bajaba suavemente. Pronto nos encontramos en el más absoluto silencio, oyendo nada más que nuestros pasos. A medida que avanzábamos, la oscuridad se hacía mayor, hasta que ya no pude ver.

—¿Y ahora?, pregunté deteniéndome.

—¿Ahora qué?

—¿Qué hacemos?

—¿Qué hacíamos?

Ya me estaba acostumbrando al tono amable y divertido de mi amigo, y al hecho de que me respondiera casi siempre con preguntas.

—Bueno, dije, ya no podemos avanzar.

—¿Te sentís mal? ¿no puedes caminar más?

—No, claro que no. - Me sentía muy bien.

—¿Entonces?

—¡No vemos nada! ¡no podemos seguir porque no vemos nada! ¿no te das cuenta?

—Bueno, claro que me doy cuenta que está completamente oscuro, pero no veo por qué haya que detenerse.

—Claro, seguimos sin saber hacia dónde.

—¿Sabías adónde ibas cuando había luz?

—La verdad, no.

—Sin embargo caminabas. ¿con qué destino? ¿en quién confiabas?

—Supongo que en mi ... estee.. intuición ¿no?

—¡Bien!, te cuesta decirlo, hombre lógico y razonable, pero al menos lo admites. Claro que estabas confiando en tu intuición. ¿Recuerdas lo que te dije cuando comenzamos la caminata? Camina con intención y el rumbo se irá delineando.

—Sí, me acuerdo. Pero ¿qué pasa si tropezamos?

—Cuando tropiezas, Alfredo, con o sin luz te levantas ¿o no?

—Tienes razón. Sigamos

Lentamente, volví a caminar con algún rumbo. Nuevamente las palabras de Er-Ham me habían contagiado ese entusiasmo y paz tan particulares, capaces de hacer, por ejemplo, que marchara a tientas, tropezando con las irregularidades del piso de aquel túnel desconocido, sin saber muy bien en qué iba a terminar todo, mientras reíamos, hacíamos bromas acerca de nuestra torpeza cuando nos quitan el sentido de la vista, gritando para jugar con el eco y disfrutando, en suma, cada segundo de lo que vivía.

—¿Alguna vez te ha salido algo mal? Le pregunté de pronto, en medio de una carcajada.

—Si te referís a que si alguna vez me he sentido contrariado por alguna circunstancia, sí, me ha pasado. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque tienes una serenidad contagiosa. Pareciera que siempre puedes encontrar la parte interesante de la vida. Se me ocurrió pensar en tantas veces que perdemos oportunidad de disfrutar de lo que nos toca vivir, sólo porque lo consideramos desagradable, peligroso o simplemente sin sentido. Podría haber-

me desesperado por no ver, podría haber intentado volver, o podría haber seguido pero lleno de miedos, quejándome al tropezar con las piedras, haciendo de la marcha una tortura. En cambio, gracias a tu actitud, estamos haciendo una aventura divertida con hechos que en otra circunstancia se hubieran convertido en un mal momento.

—Existen quienes encuentran muy útil vivir esos que tu llamas malos momentos.

—Pero. ¿Quiénes?, hay que estar loco ...

—No lo creas. Mucha gente disfruta de pasar experiencias duras y sacrificadas, pensando en el momento de contarlas.

—Sí, ahora que lo decís. Suele ser agradable comentar momentos difíciles con los demás, como una forma de presumir que uno fue capaz de sobreponerse a pesar de los inconvenientes. Actuamos como si los problemas no fueran consecuencia de nuestras acciones, como si fueran difíciles pruebas enviadas por un Dios exigente. No me gusta esa idea, prefiero pensar que somos siempre libres de pasar por la experiencia que se nos ocurra.

—¿Y cómo te sentís al verte evocando momentos difíciles para presumir?

—Bastante tonto.

—Eso es muy bueno.

—Gracias.

—Quiero decir, es muy bueno que te hagas responsable de tu ánimo. Debieras sentarte también capaz de cambiarlo en cualquier momento. Pero volviendo a tu

pregunta, por supuesto que me he sentido contrariado, desanimado, triste, enojado, avergonzado. Lo que no puedo es calificar esos sentimientos como malos.

—Bueno, pero, ¿te hacen mal o no?

—No necesariamente. La clave está el punto de vista desde el cual te ubicas. Lo importante es comprender que no eres sólo tus sentimientos, ni tus pensamientos. Los sentimientos son regalos divinos, derechos inapelables de la condición humana. No son buenos ni malos: la alegría, la ternura y el amor son tan valiosos como la envidia, la hostilidad, la desilusión e incluso el odio. Todos ellos son fuentes de experiencia y aprendizaje. Pero aún así, los seres humanos son mucho, mucho más que sus sentimientos.

—Bueno, pero lo que una persona siente de alguna manera define qué es esa persona, ¿o no?

—Claro que no. Imagínate por un momento a alguien que fue transportista por mucho tiempo. Piensa que estuvo conduciendo el mismo vehículo por años. Miles de días y miles de kilómetros escuchando sus ruidos, haciendo las rutinas de manejo, de limpieza y mantenimiento. Llegará un momento en que podrá sentirlo como parte suya. Podrá determinar por el ruido del motor si hay una falla, podrá calcular perfectamente las distancias necesarias para pasar a otro vehículo o el cambio correcto para una subida. Puede que llegue a determinar por su comportamiento el peso de la carga con bastante exactitud. Bien, nada de eso le haría pensar que él es el camión, ¿verdad?

—Verdad.

—Los sentimientos son una herramienta. Poderosa, útil, importante, pero herramienta al fin. No dejes de intentar con frecuencia el ejercicio de comprender que en realidad eres mucho más que lo que crees. Cuando logras experimentar tu verdadera identidad, aunque sea por un solo instante, comprendes que nada de lo que te sucede es malo.

—Suenas muy lindo, pero bastante teórico.

—Lo del transportista es muy práctico.

—Sí, pero...

—A ver, espere. Se me ocurre otra comparación: ¿Alguna vez manejaste esos juegos electrónicos que simulan carreras de autos?

—¡Qué pregunta!, ¡por supuesto!

—Bien. ¿Has visto esos que te permiten varias vistas para jugar? Puedes manejar desde dentro del auto, o mirándolo desde atrás, lo que te permite un control más amplio de la situación.

—¡Sí!, yo siempre elijo la vista desde atrás, la panorámica.

—¿Te has preguntado por qué?

—No sé, supongo que porque veo no sólo lo de adelante, sino también los costados, parte de atrás.

—Hay algo más importante. No sientes que eres el conductor, y eso suele tener un efecto tranquilizador.

—¿En serio?

—Por supuesto que es una ilusión, ya que el auto responde a tus mandos, pero la vista desde dentro de la cabina te provoca una sensación de identificación con el papel diferente de la exterior. Si el auto vuelca,

derrapa o se sale de la pista, lo ves desde fuera, y te sentís menos involucrado. Es cierto que, una vez que logras manejar bien, es mejor la sensación de estar adentro, justamente porque la emoción es más intensa cuando estás dentro de los hechos que fuera.

—No entiendo cómo lo relacionas con lo que decíamos.

—Cuando las experiencias son desagradables, o algo complicadas de manejar, suele ser útil tener la capacidad de ubicarse en una vista panorámica, como la del juego. Es decir, lograr identificarte como un observador de vos mismo y las circunstancias completas. Entender que no importa lo que suceda, siempre tendremos la opción de darle un significado provechoso para todo el mundo, incluyéndonos. Las técnicas pueden ser muy variadas. Podrías ubicarte mentalmente detrás de tu cuerpo, con un poco de elevación y pensar por ejemplo algo así: “Allí está el bueno de Alfredo, pasando por un momento difícil. Seguro que está por aprender algo nuevo. Me alegro por él y las personas que lo rodean, y les deseo el mejor de los éxitos”

—Suená interesante.

—Toma el recuerdo de algún trance difícil de tu pasado, cualquiera que se te ocurra. No intentes volver a sentir el miedo o la ansiedad de entonces. Trata en cambio de sintetizarlo, sacar una conclusión, ver qué te queda de aquellos momentos. Si lo haces sinceramente, descubrirás que ese pasado tiene algo para enseñarte, y entenderás que todas las cosas tuvieron un sentido, una finalidad. Cuando logres analizar com-

pletamente el hecho, verás que queda en primer lugar la enseñanza, y luego, como un detalle anecdótico, los sentimientos desagradables que experimentaste, que tan importantes te parecieron en su momento. La clave, mi querido Alfredo, es tener ese enfoque de la vida en el presente, mientras los hechos ocurren.

—Eso sin dudas debe ayudar cuando nos sentimos tan confundidos que creemos que no existe salida.

—Exacto. Como ahora, que marchamos sin la ayuda de la vista. Existen momentos en que no encontramos razones para seguir. Pero fíjate, lo que no encontramos son *razones*, y eso no significa que esté todo perdido, sino simplemente que no podemos comprender la situación con nuestra parte lógica. Allí es cuando debemos utilizar la intuición. Si desistimos, volvemos a la seguridad de lo razonable, pero si seguimos, tal vez encontremos una luz más adelante... como esa que se ve allí.

Volteé la cabeza hacia delante y vi un reflejo lejano.

—¡Tienes razón! ¿Será una salida?

—Depende de lo que interpretes como salida.

—¡Vamos! Estoy ansioso. Dije mientras apuraba el paso. Estaba por comenzar a correr cuando mi pie se trabó con una saliente y me fui de bruces al piso.

—La ansiedad te retrasa. ¿Lo recuerdas?, me dijo mi amigo tendiéndome la mano.

—Gracias. Veo que a veces no alcanzan palabras amigables y comprensivas. A veces necesitamos un pequeño golpe para que la experiencia se transforme en conocimiento.

—Sí, pero nunca, escúchame bien: NUNCA, seas vos la piedra con que los otros se traban. Ni siquiera cuando te sientas responsable de su conducta.

Había dicho esto con algo de severidad. El contraste con su amabilidad normal me causó una fuerte emoción y sus palabras quedaron resonando en mi interior. Iba a pedirle una explicación a su tono pero ya estábamos llegando al origen de la luz y la visión me sorprendió.

CAPÍTULO 5

Es cierto que mi capacidad de asombro había sido superada ya muchas veces, pero lo que tenía delante de mí era tan sobrecogedor que me quedé sin habla. Estábamos parados en la entrada de una galería inmensa, del tamaño de una catedral, con paredes altísimas y el techo abovedado del que colgaban enormes estalactitas. Sobre el suelo, en ordenadas hileras había unas pequeñas montañas, todas iguales, como de un metro y medio con un agujero en su cima, semejantes a volcanes diminutos que dejaban ver por su orificio superior un resplandor azulado. Avancé con precaución, mientras Er-Ham se sentaba a un costado.

—¿No vienes a ver?, le pregunté

—Es algo que debes ver por ti mismo. Yo te espero. Si llegas a necesitar algo, estaré aquí.

Sus palabras sonaban solícitas, como si pensara que podía necesitar ayuda.

Me acerqué lentamente a la primera montaña y, con algo de desconfianza, intenté mirar en su interior. Sólo veía el resplandor a medida me acercaba, pero cuando hube introducido la cara completamente en el orificio, apareció ante mí la imagen de una habitación, como si hubiera podido asomar la cabeza a través del cielorraso. Me alejé un poco, sorprendido, y la imagen desapareció. Parecía una especie de proyector que se activaba automáticamente. Volví a introducir la cabeza y pude ver un pequeño en

una esquina, de más o menos dos años, que se tocaba los genitales mientras una mujer madura, visiblemente incómoda, le trataba de transmitir con el ceño fruncido que no hiciera eso, que estaba mal. El pequeño siguió insistiendo en su inocente juego hasta que la reprimenda lo asustó y rompió en llanto. La mujer madura se apresuró a ponerle el pañal lo cargó en sus brazos mientras lo consolaba. Luego la escena se desvaneció. Levanté la cabeza y miré a mi amigo, que estaba tranquilamente sentado sobre una piedra.

—Parece un proyector. Hay una imagen de un niño y su abuela, creo. Pero no entiendo muy bien qué tiene que tiene que ver esto con ...

—¿Conoces al niño?

—No. No creo. ¡Espera! Soy yo, ¿verdad? Y esa es mi abuela.

—Exacto.

Excitado, volví a mirar la escena. La reproducción comenzaba desde el principio cada vez que ponía la cabeza en la posición correcta. Haciendo un esfuerzo, pude reconocer la habitación de mi primera casa, en la que viví hasta los 5 años. Mi abuela lucía muy joven, pero ahora la reconocía perfectamente.

—No me parece un recuerdo tan feo -Le dije a mi amigo. Es una escena bastante común.

—Para tu cultura sí, pero no trates de evaluarlos. No son ni feos ni lindos. Fueron momentos incómodos para vos y por eso están en un lugar difícil de acceder, pero no esperes ver torturas ni fantasmas. En

cambio, abre tu mente y trata de entender lo que te fueron dejando.

—Está bien. ¿Me esperas? Parece que recorrer todas las montañitas va a ser una tarea larga.

—No te apures. Estaré aquí.

Uno a uno fui mirando los recuerdos que guardaban aquellos extraños montículos. Estaban organizados como pude ir dándome cuenta a medida que los veía, de manera que cada hilera trataba hechos de un mismo tipo, cuyo efecto había ido creando y reforzando una determinada actitud de mi personalidad. Viéndolos en secuencia, pude advertir cómo interaccionaban para, sin que yo hubiese podido advertirlo en su momento, generar miedos, frustraciones o creencias erróneas acerca de mis propias capacidades. Cada hecho, sin embargo, estaba rodeado de esa atmósfera de naturalidad de hogar, escuela o ámbito social normales, de manera que, aisladamente, no parecía ser un episodio de consecuencias graves. A medida que avanzaba, me fue creciendo una terrible tristeza. Me vi como un ser inocente que llega al mundo lleno de expectativas, con muchas capacidades y una tremenda curiosidad y entusiasmo, y se encuentra con un entorno dispuesto a cercenarle todo lo que no coincide con un modelo ya establecido. Pude sentir la lenta acumulación de pequeñas frustraciones que crecía con cada recuerdo y cómo al final llegaba el punto en el que tenían el suficiente peso como para, aún sin que nadie me lo haya dicho explícitamente, convertirse en un incuestionable principio grabado

en sólida roca, con numerosas y variados corolarios: *No eres tan maravilloso como creías. Tienes muchos defectos innatos que debes corregir y reprimir si quieres ser merecedor de nuestro amor. Desconfía de lo que viene de tu interior, y presta mucha atención a las directivas que tu entorno te dicta. Es lo único válido.*

Frente a mis ojos cada vez más húmedos, desfilaron escenas de mi pasado, recordándome los momentos en que fui perdiendo la magia de ser humano, para integrar mi comportamiento a los cánones de mi época, que dictaban cómo debía ser una persona correcta, y las ventajas de confort que proporciona el actuar con madurez y previsibilidad. Pude ver, además, los motivos que tuvieron los protagonistas de esta transformación, sus miedos, sus inseguridades y sus necesidades trasladadas a la función de tutores que les tocaba desempeñar.

Cada pequeño volcán de recuerdos me creaba una expectativa y a la vez me asustaba un poco más. Me detuve varias veces para sentarme a llorar, y casi cedo a la tentación de desistir, pero algo me dijo que aunque fuera doloroso, el enfrentar esos recuerdos me serviría, y seguí adelante.

Mi sensación fue que transcurrieron varias horas. La experiencia de revivir de un tirón tantos episodios de mi pasado tuvo consecuencias variadas. Se alternaron momentos de mucha rabia, lástima, compasión y pena. Por fin, cansado emocionalmente (esto es, con ganas de no sentir nada por un rato), volví caminando y me senté al lado de mi amigo. Mis ojos estaban

hinchados y tenía la visión borrosa. Mis manos temblaban, sentía dolores en los hombros y la espalda, y las rodillas se me aflojaron al intentar sentarme, haciéndome tropezar y caer tendido de espaldas. Me quedé mirando el techo abovedado, mientras mi amigo dibujaba sobre la tierra con el dedo.

—¡Qué desastre!, dije luego de un rato. ¡cuántos errores, cuántos desatinos, cuánta inmadurez e inconciencia!

Er-Ham estaba en silencio.

—¿Cómo es que nadie se dio cuenta? ¿Por qué tanta necesidad de cumplir con lo establecido a cualquier precio? ¿Nadie vio a un pobre niño que sólo quería crecer, aprender, descubrirse y descubrir el mundo? Mis palabras sonaban con rabia y lástima, y les respondía sólo un débil eco.

Hubo un largo silencio. De pronto, Er-Ham habló.

—¿Crees que te ha servido de algo esto?

—Sí, contesté con rabia, fue un excelente ejercicio para mis lagrimales.

—La ironía es un recurso común en los seres lógicos y razonables cuando se irritan.

—¡Al diablo con la lógica, la intuición y el flan con mostaza!, respondí descontrolado. ¡Todo eso pasó y no tiene arreglo, no puede cambiarse, no puede solucionarse porque es PASADO! ¿Para qué me sirve recordar que existió algo que no puedo cambiar, si no es para sentirme peor?, ¿Te parece que puedo sacar algo útil de este desastre?, ¡si me dan ganas de ...

Tuve que interrumpirme, la tierra comenzó a temblar y un rumor como de piedras rodando y golpeando

comenzó a escucharse con intensidad creciente. Del techo comenzaron a caer pedazos enormes de piedra con formas de lanza, que se destrozaban contra el suelo. Una grieta se abrió debajo de mis pies y perdí el equilibrio. Sentí que iba a morir, recordé las palabras de mi amigo: siempre tendría esa elección, y por un fugaz segundo mi rabia se transformó en alivio. Todo iba a terminar al fin. Estaba por dejarme caer cuando un impulso me llevó a aferrarme de uno de los bordes de la grieta. Er-Ham, parado cerca de mí, me miraba solícito. Parecía dispuesto a hacer lo que le pidiera.

Las piedras seguían cayendo a mis costados, haciendo un estruendo ensordecedor. Tuve un instante de indecisión, pero luego, extendí una mano hacia él mientras gritaba ¡AYÚDAME, POR FAVOR!, ¡QUIERO VIVIR!

En ese momento sentí que me tomaba de la mano y me llevaban hacia arriba, y debo haber perdido algo así como el conocimiento, porque no recuerdo más.

CAPÍTULO 6

Me despertó una música lejana, que sonaba como de un parlante de radio portátil, son siseos y saturaciones. Era el tema “Sueño fantástico”, del grupo Alphaville. Sonreí antes de abrir los ojos, era un muy buen despertar, con una linda canción. Supe que me encontraba en un lugar seguro, no era la casa de troncos pero se le parecía en lo cálida y acogedora. Las paredes eran de material y estaban pintadas de un amarillo muy alegre. La ventana tenía marco verde y unas cortinas estampadas con motivos del mismo tono. Afuera el día parecía espléndido. Abandoné mi cama y salí. El paisaje no podía ser más bello y pacífico. De la puerta de la casita, que parecía de cuentos, salía un camino que llevaba a un pequeño monte donde pasaba un arroyo. Podía reconocer a la persona que pescaba tranquilamente en la orilla. Fui caminando y me senté a su lado.

—Buen ... Buenas, dije

—¡Alfredo! ¿Cómo estás?

—Bien. Repuesto. ¿Qué pasó?

—Perdiste el control, tal vez la pena o la rabia te excedieron, y desequilibraste tu entorno. Tuviste según pude ver un momento de dudas que puso en peligro tu vida. Debe haber sido muy grande el dolor. Al final elegiste vivir y me pediste ayuda. Cuando te sacaba del abismo, decidiste como recurso extremo abandonar la experiencia.

—¿Quedó todo destruido? Digo esos volcanes de recuerdos.

—No te preocupes, no son más reales ahora que antes.

—¿Puedo volver cuando quiera?

—Sí. Aunque dudo que te haga falta. Seguramente si vuelves el paisaje será distinto, pero creo que es un detalle ¿no?

—Tienes razón. La verdad es que cuando comencé con los recuerdos no me imaginé lo que me iba a pasar. Parecía casi un juego, pero a medida que fui teniendo un panorama completo de los hechos, me fue creciendo una tristeza e impotencia que no pude controlar. Todavía no logro entender bien el motivo de cosas tan tristes. Tengo ahora la idea de que mi vida es una historia muy trágica.

—Ten en cuenta que estuviste viendo un compendio de todo lo que te significó una frustración o un dolor en su momento, pero por supuesto que tu vida es mucho más que eso. Ha sido una experiencia muy dura, y el riesgo estaba, pero ahora tienes material para investigar.

—¡Qué te parece!, ¡Tengo tantas preguntas!

—Si puedo ayudarte...

—Seguro. Antes que nada: puedo entender que fue muy útil poder mirar la manera en que los hechos de mi pasado se encadenan y relacionan. Pude distinguir con claridad aquellas cosas que me causaron dolor y me dejaron grabados comportamientos que hoy me perjudican. Conociéndolos, puedo descubrir mi propio mecanismo de aprendizaje, y eso me puede servir

para cambiar las partes de mí mismo que deseo sean distintas, pero no le encuentro sentido ni finalidad a esta idea triste y trágica de mi propia vida. Pienso que las cosas podrían haber sido tan diferentes...

—¿Qué hubiera pasado de ser diferentes como te imaginas?

—Bueno, a esta altura sería alguien distinto.

—Exacto. Me agrada que no hayas dicho “mejor”. Distinto es el término. La verdad es que si tus circunstancias hubieran sido otras, tu situación actual tendría matices diferentes, no mejores ni peores.

—¿Significa que no hay mejor ni peor, todo está bien?

—Algo así.

—No te imaginas el desastre que sería si tu idea se generaliza en mi mundo.

—Dejemos tu mundo, como lo llamas, para después. ¿Entiendes lo que te quise decir?

—¿A ver? Creo que no tiene sentido que me deprima pensando que las circunstancias podrían haber sido diferentes. Puedo en cambio pensar que las cosas que me pasaron, incluidas esas que me causa tristeza recordar, fueron o serán útiles para mi crecimiento.

—Está en vos que lo sean. Puedes darle al pasado el significado que quieras, ésa es la libertad que nada ni nadie puede quitarte, porque es parte de tu condición humana.

—Aunque el pasado no pueda modificarse.

—No puedes todavía.

—¿Qué significa “todavía”? Si me dices que se puede cambiar el pasado, creo que terminaré por confirmar mis temores acerca de tu cordura.

—Comprendo el sarcasmo, pero piensa. ¿Qué son los hechos sino lo que sus protagonistas interpretan? Cada circunstancia que acontece tiene una versión propia por cada ser humano que la percibe. Imagínate algo tan trivial como un día de lluvia, por ejemplo, ¿puedes decir que es algo lindo o feo, bueno o malo? ¿No depende acaso de quién lo vive y en qué circunstancia? Hasta el hecho más trágico en apariencia puede ser una oportunidad para aprender.

—Eso lo entiendo...

—Si seguimos con ese razonamiento, sería posible reinterpretar el pasado y obtener de él cosas nuevas y útiles, ¿no crees?

—Claro.

—Y si a eso le sumamos que lo que nos queda del pasado es su significado, ¿cuál es la diferencia con cambiarlo?

—Ninguna... tienes razón.

—El pasado es tan incierto y móvil como el futuro. La única diferencia es el concepto direccional e irreversible del tiempo. Si logras entender esto, te desprendes de uno de los principales escollos hacia el crecimiento.

—Pero si el pasado no tiene importancia, si no hay que rendir cuentas por lo que se hace, ¿no te parece que sería un descontrol?

—Eso es más o menos como creer que todos se hacen alcohólicos al llegar a la mayoría de edad, sólo porque la ley les permite comprar bebidas. Además, por favor, no sigas analizando mis conceptos como si tuvieran

que ser válidos para todo el mundo. No tengo ninguna intención de crear dogmas o enunciados para ningún tipo de generalidad. Trata en cambio de utilizarlos como herramientas para elaborar tus propias ideas.

—Parece que me estás sugiriendo que te haga caso sólo en parte.

—Exacto. Aunque suene extraño, es la única manera útil de intercambiar conocimiento, de enseñar y aprender. Si adoptaras mis ideas tal y como te las digo, no estaríamos aprovechando nuestra charla. Nunca vas a aprender si no incluí tu interpretación. Cuando adoptas ideas ajenas sin analizarlas, estás memorizando, obedeciendo, copiando, pero no aprendiendo.

—El aprendizaje nos permite expresar La Verdad con nuestro sello personal.

—Esa es una frase muy bella. Hay una linda historia respecto a La Verdad: Una vez un Dios que gozaba imaginando realidades creó un bello mundo, con hermosos paisajes. Vio que lo creado era muy lindo, entonces decidió agregar una forma de conciencia que pudiera celebrar lo creado, y la llamó “vida”. Creó una gran cantidad de expresiones de “vida”, y por fin decidió compartir Su Verdad con esa vida que había creado, para lo cual seleccionó una especie, la llamó hijo y la dotó de Razón, Intuición y Libertad. Para que pudieran disfrutar de esta Libertad, se aseguró que cada hijo fuera único e irrepetible, poniendo en los ojos de cada uno un cristal diferente, de manera que la realidad se reflejara a cada uno con distintos colores. En el centro mismo de la creación, puso a

La Verdad, para que todos pudieran conocerla. Cada hijo vio La Verdad de ese color único y distintivo que percibía a través del cristal, y algunos tuvieron presente que eso era natural, pues formaba parte de su propia concepción, pero otros olvidaron que tenían cristales diferentes, y se enfrascaron en calurosas y hasta violentas discusiones en su afán de imponer el color propio como el único.

—¿Y cómo termina la historia?

—En realidad no ha terminado. Eso la hace más linda todavía.

—Me parece que la fuiste inventando.

—Lo cual la hace, a mis ojos, aún más linda.

—Es cierto, lo que decís es atractivo, entusiasmo que pueda ser verdad, pero...

—Habla, tus “peros” son puertas al conocimiento.

—Todo parece demasiado fácil, tengo la impresión de que te faltaría pasar una temporadita en mi mundo.

—Tengo oportunidad de observar muy seguido tu mundo y créeme, todo lo que hemos hablado puede aplicarse. Por supuesto que el espacio-tiempo tiene particularidades que es muy útil tener en cuenta, y esto también se aplica a la cultura que te toca compartir con el resto, pero eso no quiere decir que no puedas utilizar principios simples para resolver las problemáticas de aprendizaje que se te presentan.

—Me gustaría pensar así, ¡pero a veces las cosas parecen tan complicadas!

—Tienes ahora una excelente oportunidad para aclararte un par de temas. Por ejemplo ¿Qué diferencia

notas entre la realidad que te muestra tu estado actual y aquella realidad de tu mundo?

—Miles. Por empezar este lugar “me obedece”, responde a mis pensamientos, intenciones, estados de ánimo...

—Miedos...

—También miedos. Digamos que puedo dominarlo en la medida que me conozca. No digo que no existan inconvenientes pero veo claramente que puedo solucionar todo lo que me ocurra trabajando con mi interior.

—¡Qué bella frase! “Puedo solucionar todo lo que me ocurra trabajando con mi interior”. ¿Qué me dices del otro, del ese llamas “tu mundo”?

—El otro es un ambiente completamente diferente donde pasan cosas que no controlo, donde el azar...

—¿Qué diría si te dijera que son esencialmente iguales?

—Que estás loco, o que no lo conoces.

—Sin embargo es así. De hecho la única diferencia es un concepto que se suma y le agrega emocionantes alternativas, es cierto, pero manteniendo la esencia. Ese concepto es lo que llaman comunidad, que se podría definir como la superposición de las distintas voluntades en un mismo sistema espacio-temporal, con el objeto de compartir experiencias. Es igual que esto, salvo que en las circunstancias intervienen no sólo tus pensamientos, intenciones y miedos sino los de todos los que comparten el sistema. El resultado suele ser variado, imprevisible, muchas veces trágico (como suele interpretarse) y otras divertido.

—Visto así, suena lógico.

—Muchas veces se combinan pensamientos y miedos de varios y el resultado parece inesperado para todos. Ante esta sensación de estar a merced de algo que no se puede controlar, se creó el concepto de azar.

—¿El azar es un invento?

—Claro. Si lo piensas con sensatez, no pueden coexistir simultáneamente dos conceptos como azar y voluntad de Dios, y sin embargo muchas personas de tu mundo se dicen creyentes y aceptan que existe el azar.

—¿Todo lo que sucede es producto de pensamientos, voluntades y miedos?

—Naturalmente.

—¿Pero por qué, entonces, pasan tantas cosas que a todas luces nadie quiere que pasen?

—Recuerda tu lluvia. La tormenta vino de tus miedos, sin que tu parte conciente lo quisiera. Si es así con uno solo, piensa en lo que pasa cuando se combinan muchos miedos.

—Las cosas malas se producen cuando nuestros miedos lo permiten.

—Exacto, pero no te olvides que para que una cosa sea “mala”, como vos decís, hace falta tu consentimiento. Muchas veces lo que piensas que es malo es en realidad algo útil, necesario para que aprendas algo.

—¿Y puedo cambiar lo que yo quiera?

—Puedes cambiar el significado de lo que sucede a voluntad, que es como cambiar los hechos a la luz de tu interpretación.

—Pero los hechos, ¿se cambian?

—Los hechos son la resultante de la combinación de intenciones, voluntades y miedos de los que comparten la circunstancia espacio-temporal. Eso es, como te dije, la esencia de la comunidad. La ley que se agrega con este concepto es la que dice que siempre sucede lo mejor para todos.

—¿Cómo es eso?

—El medio responde a las intenciones, miedos y voluntades del conjunto tan solícitamente como este mundo a vos, sólo que el mecanismo selecciona el resultado que satisface mejor la suma de las influencias de todos los individuos. Y aquí aparece lo nuevo: La incidencia de cada individuo en el medio es variable, y depende de sus convicciones, su madurez y su paz interior. Si alguien desea algo con mucha convicción, aumenta las posibilidades de que su deseo se cumpla. Si contamina sus deseos con miedos, quizás por inmadurez, es probable que incluso esté ayudando a concretar lo contrario de lo que conscientemente desea. Por fin, si alguien logra la paz suficiente para experimentar su Ser Verdadero, tiene a su disposición las más poderosas herramientas con las que han sido dotados los seres humanos para influir en su entorno, y puede llegar incluso a quebrar todas las leyes de la física que existen.

—Suenan muy interesantes. ¿Es esa la explicación para los que llamamos milagros?

—Exacto. Muchas de las cosas que has vivido desde que estás aquí podrían considerarse milagros en el espacio-tiempo.

—Tienes razón. Si pudiera hacer esto en mi mundo,

sería bastante famoso. Y ¿sabes una cosa?, me sorprende lo rápido que me he adaptado, y la rapidez con que me he acostumbrado a estas capacidades. Lo que hago me parece algo natural, al punto incluso que me puso de mal humor que el clima no me respondiera mientras estábamos subiendo la montaña que nos llevó a la gruta aquella.

—El clima en la montaña fue tu manera de frenar los intentos de rememorar hechos dolorosos: con impedimentos climáticos. No obedecía a tu parte conciente sino a tus miedos. Tu inconsciente podría haber creado fuego, o incluso animales peligrosos, o bestias mitológicas como dragones, pero elegiste el clima.

—Es extraño, un dragón me hubiera sonado más peligroso...

—Y menos creíble. Te hubieras terminado riendo de algo así, y el humor hubiera destruido completamente el efecto inhibitor. El humor, la risa, tienen un inmenso poder cuando se trata de derribar fantasmas y superar las vallas del miedo. Si logras ver la faceta graciosa de las situaciones, ya tienes mucho a tu favor para superarlas.

—¿Puedo preguntar por qué, entonces, pasan cosas tristes?

—Describeme una cosa triste.

—Seguro: Viene al mundo un ser humano con un montón de capacidades. Es curioso, alegre, inteligente y audaz. Está dispuesto a conocer el medio que lo rodea y a desarrollarse en armonía con El Todo, pero depende físicamente de otros seres, que pasan a ser

sus referentes. Estos poseen un conocimiento distorsionado de la realidad: están convencidos que son personas con grandes limitaciones, y suponen que el pequeño es como ellos. Así es como lo van convenciendo de una mentira, en vez de alentarlos a crecer.

—¿De esa manera interpretas tu historia?

—Después de ver lo que vi, no sólo la mía sino también la de mucha gente que conozco.

Hubo un súbito silencio, y mis palabras quedaron resonando en mi mente. Una ligera ansiedad me fue creciendo con cada segundo que Er-Ham demoraba su respuesta. De pronto lo sentí ofuscado, sus mejillas se colorearon ligeramente

—Realmente voy a terminar por pensar que el viaje hacia tus recuerdos dolorosos no sirvió para nada, dijo por fin mirándome fijamente. Casi no puedo creer que tu conclusión más importante sea que no aprendiste por culpa de no haber tenido los maestros adecuados. ¡Qué tontería! Has escuchado y leído cientos de veces la frase “Cuando el alumno está dispuesto, el maestro aparece”, pero ¿De qué ha servido? Todavía crees que no creciste porque no te dieron oportunidad. Déjame decirte algo: Tu mundo está lleno de maestros. Los hay por todos lados. Se lo pasan enseñando y mostrando las diferentes facetas de la Verdad en casi todo momento. Vienen en la forma de un libro, un profesor de artes marciales, música, un amigo, un accidente automovilístico, una transacción comercial, una indigestión, hasta una manzana que cae en tu cabeza mientras intentas dormir una

siesta. Son oportunos, directos e insoportablemente didácticos. A veces hasta fastidian con su insistencia. ¡Y vos pensando todavía que te faltaron maestros! ¡Despierta por favor! No aprendiste lo que no estabas preparado para aprender. No existió otro impedimento que tu grado de madurez, tu disposición. Ya no te preocupes más por tus maestros. *Preocúpate por estar dispuesto.*

Había dicho todo esto pausada y enérgicamente, resaltando cada palabra. Después nos quedamos mirando el agua. No sabía qué responder. Me sentía de un terrible humor. Me debatía entre la incapacidad de aceptar lo último que había escuchado y la sensación intuitiva y profunda de que sus palabras eran ciertas. Por momentos, mis pensamientos se polarizaban y veía a Er-Ham como a un enemigo más, de los tantos que había tenido que enfrentar, y me sentía lo suficientemente fuerte como para cerrarme y soportar todos sus ataques. Estuve un buen rato imaginando una situación de conflicto en la que tenía que utilizar toda mi energía para defenderme. Se me ocurrieron varias frases ácidas e irónicas en respuesta y estuve a punto de ceder al impulso de decirlas. Mi mente trabajaba rápidamente y justo cuando estaba por descargar toda mi artillería intelectual, vi un rápido movimiento detrás de un árbol. Picado por la curiosidad, hice una visera con mi mano y traté de mirar más detenidamente. Un conejo grisáceo, pequeño y simpático se asomó, con movimientos graciosos. Me quedé mirándolo sor-

prendido y un sentimiento de ternura me invadió, relajando mis músculos. Estaba comiendo hierba, masticando nerviosamente y limpiándose el hocico con sus manitos. Me miró fijamente y mientras lo veía masticar, una idea fue formándose en mi mente: *Este mundo es tuyo, y tuya es la elección: ¿Por qué imaginar conflictos y enemigos en lugar de juegos y amigos?*

Algo pareció derrumbarse dentro de mí. De pronto me di cuenta de que no tenía que atacar a nadie, ni defenderme de nadie, si así lo deseaba. Así funcionan las cosas. No hay conflicto si no existen dos partes conflictivas. Yo soy siempre totalmente dueño de una de las partes y puedo decidir en libertad completar una guerra o simplemente dejarla renga, sin sentido. Un sentimiento intenso de liberación me fue apoderando. Er-Ham tenía razón. Nadie me debía nada, ni le debía nada a nadie. Las situaciones no son tristes ni trágicas ni felices ni divertidas por sí solas. Es nuestra elección que puedan adquirir esos significados, o los que se nos ocurran. Esa es la libertad, el libre albedrío que nada ni nadie nos puede quitar. *Mejor que buscar culpas es encontrar oportunidades.* El conejo se alejó dando saltos cortos. Totalmente relajado, miré a mi querido amigo y su sonrisa me tranquilizó. Supe que el ya había percibido todo, y que no había mucho más para decir, pero igual creí que hacía falta terminar la charla, así que decidí ser breve y conciso:

—Creo que tienes toda la razón., dije sonriendo.

El me miró distendido. La expresión de su cara volvió a ser entre divertida y amable.

—Te propongo entonces secarnos. Aunque ahora brille el sol, el chaparrón fue espantoso.

CAPÍTULO 7

Pasé los siguientes días (o tuve la sensación de pasarlos) alternando entre espléndidos momentos de descanso, disfrutando de mi estado de ánimo y su reflejo en el clima y el paisaje, y excitantes momentos de búsqueda de recuerdos que explicaban el origen de mis temores, mis desconfianzas y la creencia en ridículos límites. Una vez que pude separar el estudio de mi pasado de la necesidad de juzgar a los protagonistas (tarea que no fue fácil al principio), el recordar mi historia particular en sus detalles resultó una experiencia por demás fascinante. Me liberé de la necesidad de evaluar las actitudes y las personas (incluido yo mismo), para concentrarme sólo en la investigación y el conocimiento.

Las distintas experiencias de mi vida se fueron de a poco ubicando cada una en su lugar, para formar un todo coherente, como una construcción que tenía una finalidad perfectamente delineada.

Cada avance en el autoconocimiento, cada mecanismo oculto que se revelaba, me daba un poco más de poder sobre aquellos aspectos no deseados de mi personalidad. Cuanto más conocía, más sentía que podía elegir entre ser de una manera o de otra, y el cambio resultaba natural, sin esfuerzo. Er-Ham me acompañaba en mis experiencias, y se divertía como un niño con cada acontecimiento. Asistía a las revelaciones y los cambios sin intervenir, pero con actitud interesada y curiosa.

Una vez, mientras comíamos cerezas sentados tranquilamente al sol, le pregunté:

—¿Qué hace que sea tan difícil darse cuenta del método del autoconocimiento para evolucionar?

—A ver, sé un poco más específico, por favor.

—Digo que lo primero que aprendemos es que superar nuestras limitaciones es una cuestión principalmente de voluntad. Debemos esforzarnos, concentrarnos en lo que hacemos mal, y repetir ejercicios una y otra vez con perseverancia y disciplina hasta que por fin, luego de un gran esfuerzo, logramos superarnos. Si supiéramos que vencer un obstáculo de la personalidad puede lograrse fácilmente, tan sólo conociendo sus orígenes, ahorraríamos tiempo y sufrimiento.

—Es muy difícil para el ser humano vivir sin juzgar ...

—¿Cómo?

—No olvides que para hacer el ejercicio de estudiarse primero hay que despojarse de la necesidad de juzgar, y esto no es fácil para seres necesitados de certezas, de verdades absolutas y dogmas. Las certezas que aportan los principios (sin son sagrados o de origen divino, mejor) proporcionan una contención, una sensación de seguridad falsa pero absolutamente confortable, que cuesta mucho abandonar. Estos dogmas van siempre acompañados (aunque no sería necesario) de actitudes que juzgan. Si no puedes desprenderte de esto, es imposible que repases tu historia sin evaluarla como triste o afortunada, sin pensar en los que te acompañaron como buenos o malos. Entonces, si te detienes a juzgar, empañas tu visión con

emociones y terminas tu experiencia estancado en el resentimiento, o tal vez la soberbia. Cuando ocurre esto, lo más probable es que descubras a la voluntad, que es una herramienta que no necesita manual de instrucciones: comprender su funcionamiento es muy simple para cualquiera, y es totalmente compatible con el modelo dogmático de verdades absolutas. Ella genera infinidad de sacrificios y mártires cuyo ejemplo, sin dejar de ser totalmente válido, es sólo una opción, no la única.

—Significa que la voluntad es una herramienta que sólo sirve para sufrir.

—De ninguna manera. Puedes elegir la evolución mediante el conocimiento, que es mucho más divertida y menos esforzada, pero siempre necesitarás aquí y allá de tu voluntad.

—¿De veras no crees que existan situaciones tristes?

—De veras.

—¿Ninguna?

—Así es.

—¡Pero hay hambre en el mundo!, ¡Hay delincuencia, infinidad de hechos de violencia e injusticia!

—Tranquilo amigo.

—Estoy tranquilo, es sólo que me gustaría entenderte.

—Voy a tratar, pero no podremos hablar de cada hecho que consideras injusto o triste por separado, ya que no terminaríamos. Lo primero que debemos resolver es si la creación tiene o no un sentido. Esta es la primera pregunta, a partir de la cual se derivan los demás razonamientos. Si la creación que te incluye es

producto de hechos azarosos sin coherencia cabría preguntar muchas cosas, como quién creó el azar por ejemplo, pero ningún hecho estaría respaldado por un sentido de coherencia y en consecuencia no hace falta explicar nada. Si por el contrario elegimos creer que existe un propósito para lo que llamamos Creación, entonces podemos imaginar una coherencia en todo lo que sucede. Así podemos ver que esta finalidad debe tener que ver con ser felices, transitar la experiencia en paz, experimentar plenitud, dado que esas son premisas universales y comunes a todo ser humano, y entonces nos surge tu pregunta. ¿Por qué existen hechos que no ayudan a esta felicidad? La respuesta es el libre albedrío, la libertad. Si no tuviéramos elección, nuestra felicidad sería como la fidelidad del perro a su amo, un simple mecanismo de la naturaleza, sin riesgos ni valor individual. La posibilidad de elegir torna a la felicidad en algo compartido con nuestro Creador, ya que para que ésta exista es necesario el trabajo de ambos: Creador y Criatura. ¿no es hermoso?

—Nunca lo había pensado así, pero suena muy bien. Ser feliz sería como el proyecto que cada persona encara en conjunto con su Creador.

—¡elegantemente expresado!

—Pero al ser un proyecto conjunto, si una de las partes no hace lo apropiado, la felicidad no se da.

—Algo así, aunque preferiría no hablar de apropiado o inapropiado, sino de estilos diferentes para transitar el camino.

—Todavía me cuesta explicar el hambre, la violencia ...

—Es simple. Tomemos el hambre, por ejemplo: ¿Crees que existe sólo en la especie humana?

—No, me imagino. Seguro que pueden darse casos de mala alimentación y hasta muerte por inanición en los animales.

—Exacto. Son hechos posibles según las reglas de la naturaleza, y por lo tanto naturales. La especie humana vivirá estas situaciones en la medida que siga estas reglas al pie de la letra. Pero el ser humano puede no respetar las reglas naturales, y de hecho lo hace a menudo.

—Si, con ese comportamiento que destruye el medio ambiente.

—Y las poesías ...

—¿Las qué?

—No todo lo que transgrede las estrictas leyes de la naturaleza y la evolución es destructor del medio ambiente. Escribir poesías, o cualquier expresión de arte, no es un hecho natural, si entendemos a la naturaleza como ese mecanismo que utiliza una selección basada en prueba y error para adaptar las especies al medio ambiente. El arte existe porque el ser humano tiene a su alcance las herramientas necesarias para trascender su destino de simple mamífero que obedece un código genético. A veces estas herramientas son usadas para destruir, y otras para elevarse. Si te dedicas a servir estrictamente a la naturaleza, tendrás una alimentación adecuada, preservarás el medio ambiente, crecerás saludable, pero también tendrás todos los hijos que tu aptitud física te

lo permita, sin importar si estás preparado o no para ayudarlos a evolucionar como espíritus (Madre Natura no sabe nada de eso). No practicarás la monogamia, que es un lastimoso desperdicio de tu capacidad de crear descendencia. Te dedicarás a las expresiones de arte siempre y cuando no te afecte la alimentación y el sueño (¿Qué es eso de quedarse hasta la madrugada leyendo algo interesante?). Puesto que puedes conseguir comida en tierra, no intentarás volar, y muchas cosas similares ¿entiendes? Si te concentras en ser absolutamente natural, generarás eventualmente situaciones de hambre y enfermedades como parte de las pruebas erróneas que la naturaleza llevará a cabo con tu especie. ¿Has escuchado la frase que dice: La Naturaleza es cruel con el individuo y generosa con la especie?

—La Madre Naturaleza tiene sus cositas, parece.

—De cualquier manera, recuerda que esa es sólo una causa del hambre, no la única.

— Por suerte nadie vive de una manera totalmente natural.

—Tienes razón, aunque te sorprendería saber que un buen porcentaje de tus colegas de especie se acerca mucho a ese modelo.

—Es algo triste ...

—¡Otra vez! Es libre albedrío, maravillosa libertad, posibilidad de aprender por diversos caminos, infinitas opciones para elegir. ¡No es nada triste!

—Si, es cierto, tengo que recordar que tenemos libertad de decidir por qué camino aprender. Ahora comprendo que el mío incluye no acatar algunas leyes naturales.

—Piénsalo como servir a la naturaleza o servirte de ella, respetándola.

—¿Y la delincuencia? Los animales no roban.

—Más allá de que sí, algunos roban, la explicación es que existen otras leyes a las cuales se puede adherir. Además de la Naturaleza, está la Sociedad, la Cultura y algunas más, cada una con mandatos, que definen maneras de comportarse acordes y sus correspondientes antis: antinatural, antisocial...

—Y podemos decidir cuánto queremos adherir o no a esas leyes.

—Exacto. Puedes ver estos entes como herramientas de las cuales servirte, mecanismos dignos de respeto, cuidado y estudio, pero no obligaciones ineludibles, o puedes dedicar la totalidad de tus esfuerzos a perfeccionarte en el cumplimiento de todas o alguna de las leyes que te son indicadas. Cada ente te dará su propia compensación por obedecerlo.

—Claro. Si respetas a la naturaleza es muy probable que goces de buena salud y evolución física, te alimentarás correctamente, tu cuerpo será algo para disfrutar y no tendrás enfermedades.

—Exacto. A veces tal vez preferirás desobedecer a la Naturaleza para cumplir con la Sociedad, como cuando alguien se esfuerza en trabajar duro, perjudicando el físico, para obtener reconocimiento social o profesional. Se puede hacer por exigencias culturales también. En general, las leyes sociales pesan más que las naturales a la hora de decidir, ya que ser reconocido por tus pares es algo que seduce mucho a tu ego.

La Naturaleza hace pesar su reclamo en esos casos en que se advierte que la propia vida está en juego.

—Entiendo, pero creo que nada se puede hacer que no sea servir a alguno de esos mecanismos que nombraste.

—Existe muy poca diferencia a nivel de los hechos, pero cada quien sabe si está siendo siervo o usuario. Los seres humanos llegan al mundo más indefensos y necesitados de ayuda que cualquier otra especie, y esta sensación de dependencia les crea de manera natural la idea de que existen entes a quienes siempre deberán obedecer para sobrevivir. El llegar a entender que somos criaturas completamente libres es una tarea difícil que no todos desean emprender. Muchos eligen seguir respetando lo que su naturaleza y su época les imponen, obteniendo a cambio seguridad y reconocimiento. Es un camino tan válido como cualquier otro, en el que se aprenden muchas cosas a través de las luchas que genera el egoísmo y el materialismo, derivados del miedo que generó la sensación de indefensión inicial. Por cierto, la Sociedad también incluye entre sus posibilidades al hambre.

—Pero uno puede respetar esas leyes siendo una buena persona también.

—Por supuesto. La bondad es algo que siempre podremos elegir, y proporciona una sensación de bienestar serena y duradera.

—O sea que el objetivo de los seres humanos sería vivir respetando las leyes que hemos aprendido, tratando de aprender a ser mejores.

Dije esto último con tono entusiasmado, resaltando

cada palabra. Estaba seguro de obtener una sonrisa y una entusiasta aprobación. En cambio, hubo un silencio desconcertante. Er-Ham se quedó con la vista perdida en el horizonte durante un tiempo que me resulto incómodamente largo. Por fin dijo.

—Puede ser, pero ¿no se te ha ocurrido que podemos haber sido creados para un propósito más interesante?

—¿Cómo qué?

—Dime, ¿Cómo definirías esta aventura y sus consecuencias, hasta ahora?

—A ver ... déjame pensar, me gustaría expresarlo lo más completamente posible ... Diría que las experiencias que he vivido en esta temporada con vos me esclarecieron muchos aspectos de mi propio funcionamiento, tengo ahora la sensación de estar mejor preparado para desenvolverme en la vida que llevo.

—Bien explicado. ¿Y qué harás con lo aprendido?

—Bueno, mejorarán mis relaciones, supongo, las afectivas y las comerciales.

—¿Qué más?

—Haré mejor mi trabajo, me divertiré más ...

—Bien ¿Y?

—Supongo que eso es la vida, ¿Qué más puedo pedir?

—¿Que te parece descubrir un único y personal Propósito, una Misión que nadie más puede realizar, y entregarte por completo a la tarea de llevarlo a cabo?

—No lo había pensado, no me imaginé que algo así existiera.

—Claro que existe. Es algo que le sucede tarde o temprano a todos. En algún momento aparece una

inquietud, como una tímida voz que nos sugiere que la vida debe ser algo más que cumplir preceptos naturales, sociales, culturales o religiosos. Un sentimiento íntimo de una misión única, una aventura cuyo mapa sólo puede encontrarse dentro de uno mismo. Algunos deciden escuchar esa voz, otros la ignoran, la niegan o la tapan, ocupados en cumplir tantos preceptos, esforzados en concretar objetivos impuestos por las leyes externas. Los que deciden escuchar, se encuentran con la puerta que los conduce hacia una realización plena que no necesita ser coronada por éxito alguno, ni depende del reconocimiento de nadie. Tan sólo el soñar el objetivo y el trabajar para concretarlo, aunque nunca se logre, proporciona la más completa de las felicidades.

—Suenan muy lindo, pero ¿cómo hace uno para descubrir ese Propósito?

— Cada ser humano tiene una propia y particular manera de hacerlo. No existen reglas generales estrictas, pero puedo darte algunas pistas. Primero está esa inquietud que te mencioné, esa voz interior que nunca es una orden, tan sólo una sugerencia, a veces apasionada, pero sugerencia al fin. Cuesta escucharla porque la cultura que vivís está llena de ruido y de gritos de alerta, que indican qué hacer para conseguir éxito, realización y felicidad.

—Muy cierto. La vida actual nos impone tantos objetivos para conseguir a cambio el reconocimiento social, cultural, profesional o lo que sea que apenas alcanza en tiempo para trabajar en ellos. Y cada logro

trae además del placer momentáneo un verdadero racimo de nuevos objetivos que redoblan la ansiedad.

—Exacto. Muchos seres humanos marchan detrás de una zanahoria eternamente inalcanzable, pero manteniendo la ilusión de que al final la tendrán en sus manos, y ello los hará felices, o ricos o reconocidos y respetados, o lo que crean que les hace falta. Es una ilusión. *Nada que te provoque ansiedad, frustración o sensación de carencia es real.* La verdad es que siempre tienes y eres todo lo necesario para ser feliz.

—¿Qué otras pistas existen?

—Otra señal frecuente es cuando el objetivo y lo que tienes que hacer para alcanzarlo no es visto como un trabajo, al menos en la concepción actual que se tiene de la palabra.

—¿No es trabajar?

—Exacto. Dada la forma en que tu sociedad está organizada, no es raro que tu Misión se presente en la forma de un hobby, algo que reservas para tus ratos libres, algo que nunca considerarías trabajo, aunque muchas veces llegue a demandarte más esfuerzo y dedicación que el que consideras trabajo real. Presta atención a esas actividades que lejos de desgastar tu ánimo y fuerzas, te dan placer y renuevan tu entusiasmo, aquellas que suspendes a regañadientes cuando el físico te exige descansar o alimentarse ¡algo totalmente antinatural!

—¿Siempre aparece como un hobby?

—No siempre. Existen individuos que viven de trabajar en su Propósito. Son fácilmente reconocibles

por la expresión serena, feliz y apasionada que suele iluminar sus rostros.

—¿Qué otras señales hay?

—Bueno, tu Misión te hará sentir dispuesto a transgredir las leyes de la Naturaleza, la Sociedad, la Cultura o cualquier otro conjunto de preceptos y mandatos si es necesario, y la pasión que sentirás te liberará de culpas por ello. Llegarás a la conclusión de que si algo que sientes tan profunda y sinceramente en tu interior está mal, entonces tu propio diseño es erróneo y la misma Creación pierde lógica, por lo tanto, debes estar en lo correcto, no importa lo que el exterior te esté cuestionando. Asimismo, el objetivo no te generará ansiedad: tu Misión te hará feliz no por concretar lo que anhelas, sino por trabajar para ello.

—Te confieso que no se me había ocurrido pensar en algo así, aunque muchas veces he experimentado esa sensación de apasionamiento y entusiasmo, a veces con mi trabajo y otras no.

—Suele darse con bastante frecuencia que las personas experimenten por momentos lo maravilloso de alinearse con Su Misión Personal. En cambio, es muy raro que lo conviertan en una constante de su vida.

—Eso es exactamente lo que me pasa. Estoy sorprendido. Había llegado a pensar que mi aventura estaba llegando a su fin, después de tantos logros en el autoconocimiento.

—Piensa que conocer a fondo la herramienta, aunque es un objetivo en sí mismo, bien puede ser una etapa previa a la utilización de la misma para un trabajo en

el que serán imprescindibles esos conocimientos.

—Es cierto. Y aunque me siento algo abrumado con esto, estoy dispuesto a descubrir mi Propósito, como vos lo llamas. En este momento puedo verme como una creación única y maravillosa, con un destino de apasionantes aventuras por delante.

Me miró sonriente, sereno, divertido.

—Una involuntaria pero bastante precisa definición de *ser humano*.

CAPÍTULO 8

Sentado, con las muñecas apoyadas en las rodillas, los pies cruzados y los ojos cerrados, intenté por milésima vez limpiar mi mente de otra idea que no fuera mi respiración. Había insistido tanto en que Er-Ham me mostrara técnicas alternativas de comunicación que mi pobre amigo terminó cediendo. Me hizo colocarme a unos dos metros, y nos sentamos enfrentados. “Trata de limpiar tu mente”, había dicho. “Un buen método es llenarla con un pensamiento simple, como tu respiración, por ejemplo”.

Sentía mis abdomen elevarse y bajar lentamente, percibía los latidos de mi corazón cada vez más pausados y mi mente comenzó a dibujar conductos por donde pasaba el aire y la sangre. Imaginé mis pulmones aumentando de tamaño para luego relajarse, la casi imperceptible dilatación de las arterias con cada latido, la rítmica circulación de fluidos por todo mi cuerpo. De pronto una imagen invadió la escena. Era un cielo azul en el que se recortaba nítido un parapente color verde agua. Rápidamente intenté volver a la respiración. Recreé los tubos de aire y sangre e intenté prestar atención de nuevo al rítmico vaivén. No bien volví a relajarme, la escena del cielo y el parapente se volvieron a presentar insolentemente, esta vez con mayor nitidez. Me sentí impotente y contrariado. Volví a intentar borrar la imagen pero fue inútil. Estaba a punto de abrir los ojos para detener la

prueba, pero me detuve a observar el vuelo. El piloto del parapente hizo un gracioso giro y me enfrentó, dispuesto a aterrizar. Al acercarse, pude reconocer el rostro sonriente de mi amigo. Abrí los ojos sobresaltado y me encontré con la misma expresión.

—¡Tramposo!, dije sorprendido y maravillado. Elegiste lo más atractivo para presentarte.

—¿Qué veías?

—Estabas volando en parapente.

—Mira qué bien. No se me había ocurrido, sólo quise presentarme en tu mente. El parapente es cosa tuya.

—¿Quieres decir que imaginé que volabas?

—Claro. Tu mente percibió señales de comunicación y elaboró una escena acorde al tipo de señal, con elementos de tu memoria. Así funcionan los sueños también. ¿Te gusta el parapente?

—Más que cualquier otra cosa. Volar un parapente es un sueño que pienso cumplir un día no muy lejano.

—Tu mente eligió esa representación en concordancia con lo amistoso de la señal.

—Es fantástico. Pero, ¿Cómo puedo saber si no es mi propia imaginación y nada más?

—Como muchas cosas, es cuestión de práctica. La mente es una herramienta muy compleja de dominar. Normalmente funciona como un caballo al galope, y por lo general sólo podemos manejarla indicándole vagamente una dirección, pero poco podemos hacer para cambiar su velocidad o decidir el ritmo al que va a funcionar, por ejemplo. El método más fácil de explicar (y el más difícil de aplicar) para lograr más control es la voluntad.

—La misma voluntad que crea sacrificios.

—Exacto. Existen numerosas técnicas para dominar la mente que utilizan la voluntad. Todas tienen un grado de efectividad relativamente alto, y requieren mucha práctica, sobre todo en culturas occidentales.

—¿Existe una alternativa?

—Todos los problemas presentan dos alternativas, definidas por lo que aplicas principalmente: voluntad o conocimiento. La voluntad llega al conocimiento por medio de la práctica, en un proceso generalmente más lento y esforzado, pero éste también puede ser adquirido por medio de la razón o la intuición, o ambas. Cuando se tiene el conocimiento, simplemente se lo ejerce.

—¿Y cuál es el conocimiento requerido para dominar la mente?

—Aquel que posibilita la percepción del Ser Real.

—Ahá. Adivina qué te voy a preguntar ahora.

—No hace falta. Si quieres percibir la totalidad de lo que eres en todos los planos, imagina que los tres componentes que conoces: tu cuerpo, tus ideas y tus emociones son cada uno el reflejo en el sistema espacio-temporal de los componentes Reales de Tu Ser. Imagine que eres alguien completo, una creación íntegra y perfecta que utiliza esas tres herramientas para expresarse en el mundo que conoces. Esta Entidad Perfecta conoce mucho más que lo que tu memoria y tu conciencia captan. Sabe de tu función y del camino que te gustaría realmente recorrer durante tu experiencia de vida, y actúa como guía provocando

hechos que tu mente interpreta como casualidades. El azar no existe tal como lo entiendes, es tu Ser Real que actúa sin rendir cuentas de sus actos a tu parte conciente. El posee el conocimiento y puede revelártelo si aprendes a escucharlo.

—¿Y cómo hago?

—Presta atención, y procúrate momentos de calma. No lo percibirás con tus sentidos, ni tu mente ni tus emociones, porque esas son herramientas para el espacio-tiempo.

—No parece fácil ...

—Y no lo es para alguien que ha vivido tanto tiempo creyendo que el mundo es lo que los sentidos reportan, pero trata de tomar íntegra conciencia de Quien Eres, y de a poco irás desarrollando tus propios métodos de conectarte. No olvides tener en cuenta que los sentidos no sirven para percibir a Tu Ser Real.

—¿Será útil la meditación?

—Claro. De hecho muchos llaman meditar a este contacto.

—¿Sabes? Hace tiempo que intento meditar, pero por más que me esfuerzo no consigo resultados.

—Quizás porque lo considerabas un fin y no un medio. Cambia el objetivo. Intenta conectarte, imagínate percibiendo la totalidad de lo que Eres, y luego utiliza la meditación, como sea que la entiendas, para lograrlo.

—Otra “tarea para el hogar”.

—Como ves, tu vida puede darte de todo, menos aburrimiento.

CAPÍTULO 9

—No lo entiendo, dije encogiéndome de hombros. No me siento mal, ni enojado, y mira el clima.

—Se ve algo nublado, no hace frío pero no hay sol, el paisaje tiene menos colorido y contrastes, las cosas se ven con tonos grisáceos. Yo diría que este no es un día frío o feo. Creo que la palabra para definirlo es triste.

—¡Pero no veo por qué! Estoy pasándola de maravillas, disfrutando mucho de tu compañía. Hacía años que no me divertía así, y como si fuera poco, he aprendido tantas cosas nuevas que me muero de ganas de ...

—¿Sí?

—...ponerlas en práctica. ¿será por eso?

—Quizás extrañas tu experiencia en el espacio-tiempo, quizás te sientas listo para retornar.

—¿Podrá ser?

—Ya sabes. Existe una sola forma de averiguarlo.

—Tienes razón. Vamos.

Como tantas veces en días anteriores, salí caminando en la dirección que me indicaba mi intuición. Estaba tan acostumbrado a escucharla que no podía imaginarme la vida sin ella. Er-Ham se puso a mi lado.

Fue una larga caminata en silencio, por una extensa llanura de piedra y arena, sin vegetación. El Sol estaba oculto por nubes y el clima, aunque triste, estaba afortunadamente templado. En un día despeja-

do nos hubiera agobiado el calor. Lentamente, mis pensamientos me llevaron a recordar mi experiencia. Fui rememorando los gratos momentos, los difíciles trances en los que me enfrenté con mis más tristes recuerdos, los tiempos de reflexión y las apasionante experiencia de comprobar una y otra vez cómo mis emociones, deseos y miedos afectaban directa e instantáneamente el clima y el paisaje.

Sin duda era otro. Aunque ya estaba acostumbrado a ejercer con actitudes lo aprendido, y me parecía natural, podía advertir que me había convertido en alguien completamente diferente al que era al principio de mi aventura. Me sentía con mucho más conocimiento y serenidad. Después de reinterpretar mi pasado, sentía que la vida tomaba otro significado, mucho más rico y apasionante del que tenía. Sonreía al repasar los viejos e infantiles objetivos que antes me estimulaban, generándome ansiedad y sensación de carencia. Tenía todo un paquete de nuevos sueños ahora, mucho más interesantes, que en cambio no me creaban impaciencia. No estaba apurado por alcanzarlos, porque sabía que el tránsito es más valioso que el final. Me sentía más íntegro, como un ente contenedor de todas las respuestas que necesitaba. La experiencia de la Vida me ayudaría a descubrirlas cuando mi madurez lo permitiera, no había nada que temer ni que apurar. No me sentía impelido a aprovechar el tiempo, como antes, porque ya no había forma de desaprovecharlo. Absorto en mis pensamientos, no advertí que el sol había salido. De pronto me di cuenta que estaba com-

pletamente empapado de transpiración, mi cabeza ardía sin protección y el suelo era tan brillante que no podía abrir los ojos completamente. Miré a Er-Ham y encontré la familiar sonrisa. El también mostraba signos de cansancio. Mi mente lógica protestaba continuamente. Sin mi intuición me hubiera encontrado en un serio aprieto. No se veía salida pero seguía caminando, haciendo caso omiso al terrible calor, la escasa visibilidad por el reflejo y la molestia en las plantas de los pies. Seguí así lo que me pareció una eternidad hasta que de pronto Er-Ham dijo.

—Está bien, no lo prolongues. A mí también me cuesta despedirme, pero no te maltrates más.

Caí de rodillas, exhausto. Las manos apoyadas en el piso y los ojos semiabiertos con la vista enfocada en mi propia sombra. Se me dificultaba hablar y no podía mirar a los costados por la luz cada vez más incandescente.

—Tengo que volver. ¿no es así?, pregunté tristemente.

—No puedes evitarlo. Tu madurez te lleva hacia el lugar más adecuado.

—¡Espera! No me dijiste quién eres.

—No te preocupes. Ya lo sabrás.

—¿Cómo? ¿Nos volveremos a ver?

—Nos volveremos a encontrar. Que nos veamos dependerá de cuánto hayas desarrollado tu capacidad de percepción.

—Er-Ham. ¡No me dejes! ¡Tengo todavía un montón de preguntas!

—Mi querido amigo, nadie está dejando a nadie. Le-

jos de separarnos, te garantizo que ya no podremos librarnos uno del otro. Aprenderás a comunicarte, y podremos compartir todo lo que queramos. Recuerda lo que hablamos. Descubre Tu Misión, déjate crecer libre, y no olvides nunca divertirse. Te espero uno de estos días. Quién sabe, tal vez sea yo el que tenga alguna pregunta para hacerte.

Sus palabras se fueron alejando, y el suelo comenzó a dar vueltas. Un fuerte y familiar zumbido me aturdió. Sentí de nuevo una sensación de vacío, como de caída libre.

EPÍLOGO

—¿Necesita ayuda? La voz sonaba amable y preocupada. Sentí que alguien me sostenía del brazo. Abrí los ojos y el piso de elegantes baldosas reflejó difusamente mi cara. Miré a mi interlocutor, mientras me incorporaba con su ayuda.

—Fue un mareo, Ya estoy bien, gracias- dije con una sonrisa.

—Podemos llamar a un médico ...

—No, no hace falta- repuse. Gracias de nuevo.

El hombre mayor se despidió con una sonrisa. Miré a mi alrededor. Había algunas caras curiosas. Alguien comenzó a abanicarme con una revista. Devolví las expresiones preocupadas con gesto sonriente y saludable, agradecí al apantallador y me dirigí con paso seguro a las cajas. Terminé el trámite y salí a la calle. Un día soleado de invierno me recibió con su aire fresco. La ciudad funcionaba a pleno. La gente marchaba con paso decidido, hacia la concreción de sus experiencias. Había rostros sonrientes, preocupados, enojados, inocentes. La Vida se desplegaba plena y rebosante, repleta de circunstancias siempre cambiantes. Recordé el trabajo de la fábrica, mi atraso, las urgencias de mi mundo cotidiano. Nada había cambiado, y a su vez todo era distinto. En vez de causa de preocupación, mi realidad se mostraba tal cual era, una fuente inagotable de apasionantes experiencias. Y no deseaba perdérmela por nada del mundo. Miré

el cielo azul, y al enfrentar el sol y entrecerrar los ojos, me pareció ver una imagen recortada en el reflejo, una vaga silueta de un parapente color verde agua. Sonreí y dije para mis adentros : ¡Hola, amigo! Desde algún lugar, Er-Ham levantó su mano y me dedicó un saludo sonriente, sereno, divertido.

Contenido	
CAPITULO 2	17
CAPITULO 3	25
CAPITULO 4	35
CAPITULO 5	53
CAPITULO 6	59
CAPITULO 7	73
CAPITULO 8	87
CAPITULO 9	91
EPILOGO	95

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 12 días del mes de enero de 2023, el mismo día del año 1913 en que nace el músico wayuu Nectario Fernández.